
D
DETECTIVE
Arnold Briggs
EL JUEZ DEL HAMPA

Robin Dalton se miró en el espejo. Estaba orgulloso de sus orejas azules, su ojo semicerrado, y otras tumefacciones. Eran huellas gloriosas de su triunfo por «K. O.», en el séptimo «*round*» sobre el duro pegador negro que la noche anterior deliberó con él, entre cuerdas, para averiguar cuál de los dos hacía más méritos para ser el finalista del torneo cinturón de oro, aficionados, peso medio.

Robin Dalton, de ancho cogote, rostro chato y fornida anatomía, no aceptaba consejos de nadie. Era, por naturaleza, agresivo, aunque sin maldad.

Pidió con autoridad:

—Un doble de coñac, tú.



Arnold Briggs

El juez del hampa

Detective - 4

ePub r1.0
LDS 06.11.17

Título original: *Underworld Judge*
Arnold Briggs, 1952
Traducción: José María Pérez González
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




EVER
El juez del hampa
por ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

Prólogo

Las plantillas del cuerpo de Policía, eran renovadas con gran frecuencia en los distritos de Chicago, en la tormentosa década que se inició el año 1925.

El mayor porcentaje de bajas, eran definitivas, y pasaban a hacer más tupidas las páginas del libro de «fallecidos en acto de servicio».

Las demás bajas, con relevo, se debían al fundamentado récelo de que fueran víctimas voluntarias del soborno.

Era el imperio del gangsterismo en todo su cínico esplendor, con su cortejo de venales politicastros, industriales dóciles, y ciudadanos aterrorizados.

También se renovaban con frecuencia las bandas de pistoleros, que casi superaban en organización a la propia policía, y que como ellos, se repartían el dominio de parcelas de distritos.

Pocos eran los policías que duraban largo tiempo en su empleo, de no gozar de la secreta protección de un importante jefe de banda.

Ésta era la razón por la que corrían rumores contradictorios acerca del joven inspector Gerald Masters. Algunos, muy confidencialmente, afirmaban que Masters, en apariencia ínclito, honorable y de implacable temeridad, era en realidad un «protegido» del famoso Kirk Miller, «Dalias».

Se quedaron bastante asombrados los que así opinaban, cuando la prensa publicó que en la penitenciaría de Marion, sería ejecutado James Donlevy, el jueves, a las cinco de la madrugada, en presencia reglamentaria del alcaide y dos funcionarios del Estado, uno de ellos, el inspector Gerald Masters, que personalmente había capturado al peligroso lugarteniente de Kirk Miller, «Dalias».

Un periódico se extendía en elogios del más joven inspector de la policía metropolitana, y sin proponérselo, el redactor, seguramente pensando en Kirk Miller, «Dalias», al tributar toda

clase de alabanzas a Gerald Masters, empleaba un estilo vagamente elegiaco, casi más apropiado para la esquela, o el panegírico póstumo.

El jueves, a las cinco menos cuarto de la madrugada, el alcaide de la penitenciaría de Marion, fue a despertar a James Donlevy.

Amodorrado por la copiosa cena y la última botella de coñac, James Donlevy tardó en darse cuenta de la próxima realidad. Dominó un temblor, y escoltado por dos guardianes, pasó a la sala, que en jerga de maleantes, era llamada «instituto de belleza».

En ella, un hombre vestido como otro cualquier guardián, pero en cuya gorra, en vez de galón, había un círculo negro, procedió a afeitar la pierna izquierda de James Donlevy, desde la parte inferior de la rótula hasta media pantorrilla.

Era el lugar donde debía ajustar perfectamente uno de los electrodos de la silla.

James Donlevy aceptó el cigarrillo que le ofrecía el alcaide. Quería dar ejemplo de serena valentía.

El verdugo, pasó la maquinilla peluquera por la nuca del que, sentado, manifestó:

—Un sucio oficio el tuyo, verdugo.

—Es un funcionario más, Donlevy, como yo mismo.

James Donlevy volvió a estremecerse porque acababa de ver al extremo del pasillo, cerca de la puerta de acceso a la sala de ejecución, al joven inspector Gerald Masters.

—Otro funcionario, más, ¿no, alcaide? Vaya… Casi comprendo a este rapador de pelos, pero aquel cochino cobarde, ¿qué pinta aquí?

—El inspector Masters ha sido designado de turno.

—Quisiera yo decirle unas cuantas palabras.

La voz de Donlevy resonaba amplificada en el recinto, donde el metal predominaba. El inspector Masters avanzó. Su rostro de líneas afiladas, plasmaba siempre una severidad no fingida.

—Hola, inspector Gerry —murmuró, temblorosa, la voz de Donlevy. Y de pronto, saltando en pie, escupió.

El verdugo y el alcaide, lograron asirle a tiempo, forzándole de nuevo a sentarse. El alcaide aconsejó:

—Trata de portarte como un hombre, Donlevy. No me obligues a que te esposen.

Gerald Masters, lentamente, fué pasándose un pañuelo por la

cara. Retenido en su asiento, dejó de forcejear Donlevy. Gruñó:

—Me consuela pensar que no vas a durar mucho, Gerry Masters. Ya se encargarán de asarte a tiros, cuervo. Te alegra verme en la pepitoria, ¿eh? Pues a mí me alegra saber que eres un cadáver en pie, y que hueles ya a muerto. El mismo verdugo tiene perdón, porque ni me conoce, pero tú bebiste conmigo, jugaste al *póker* conmigo…

Tajante, desagradable, la voz del inspector Masters resonó tan metálica como el decorado.

—Y repetidamente te advertí que no descansaría hasta llevarte a la eléctrica. No es hora de reproches, sino de afrontar como hombre tu lógico final. Me has escupido en la cara, Donlevy, pero también la sociedad te escupe…

—Inspector Masters, por favor —intervino secamente el alcaide —. Este hombre ya ha sido juzgado.

Gerald Masters volvió la espalda. El alcaide miró la esfera que señalaba las cinco menos dos. Tocó en el hombro a Donlevy.

—Vamos, muchacho.

El ejecutor asió por un codo al sentenciado. Al término del pasillo y mientras un guardián abría la puerta, James Donlevy perdió ya el control de sus nervios.

Su boca derramó un torrente de obscenas injurias. Impasible, Gerald Masters le miraba fijamente.

El ejecutor precisó de dos ayudantes para ajustar el casquete y electrodos.

El reloj marcaba las cinco y un minuto, cuando hubo un descenso en el voltaje…

El alcaide pronunció la frase ritual, y acompañó hasta el rastrillo exterior a Gerald Masters. No pudo impedirse de advertir:

—Aunque sé que usted no es imprudente, desconfíe de Miller, inspector. Quería mucho a, Donlevy.

—Siga usted bien —se limitó a decir Masters.

Y a larga zancada, alzando el cuello de su abrigo, se alejó hacia el aparcamiento donde le esperaba el coche oficial.

Poco después, descendía ante su domicilio particular. Una, planta baja, casi subterránea. Dos habitaciones y un cuarto de baño. Le traían las comidas del restaurante vecino.

Bajó los peldaños, y con su llavín abrió. Quedaba su cabeza a ras

de la acera.

No encendió la luz del vestíbulo-comedor, sino que se encaminó directamente a su alcoba.

Aplicaba la mano en el interruptor, cuando sintió contra su espalda la presión de un objeto duro, fácilmente identificable, como lo era también la voz agradable, rica en matices, que saludó:

—Hola, Gerry. Es preferible tomar las medidas oportunas contigo.

Gerald Masters encendió, y quitándose el sombrero lo tiró sobre la cama. No miró hacia atrás, ni levantó los brazos.

—No hagas tonterías, Miller. Dile a éstos, que si me tocan un solo pelo vamos a terminar todos mal.

—Tengo que hablar contigo, Gerry, y es preferible te quites las prendas superfluas. Tu abrigo, tu americana, y el cinturón, con su complemento.

Caminó Masters hacia la cama. Tras él, dos hombres, ceñudos, rencorosos… pistola en mano. Y cerrando la puerta de la alcoba, se adosó en ella, un risueño individuo, de rubio cabello ondulado, hoyuelo en el enérgico mentón, y sonrientes ojos azules.

Kirk Miller debía su apodo a una extraña costumbre. Se decía que llevaba en el interior de su americana, una dalia artificial, que colocaba sobre el cuerpo que él mismo acribillaba.

Gerald Masters, dando media vuelta, se quitó el abrigo. Los dos pistoleros, atendiendo a una señal de Miller, se colocaron uno a cada lado de la alcoba.

—Esto es estúpido, Miller. Te cogerán apenas me quede tieso…

—Esto es lo que he venido a discutir contigo, Gerry —replicó amablemente Miller. Tenía la diestra abultando el bolsillo exterior de su bien cortada americana azul—. Estos dos chicos están enfadados, muy enfadados. Apreciaban mucho a Jimmy, y hasta el último instante, creyeron que no lo ejecutarían.

Gerald Masters se quitó la americana. La colgó, como había hecho con el abrigo, en la percha, se sentó en el borde de la cama.

Su pantalón se sostenía con doble apoyo. Unos tirantes, y un cinturón. La correa del cinturón pasaba por el ojal de una funda, de la que sobresalía, cerca de la cadera, la culata negra de una automática «Smith».

—Yo le advertí a Donlevy que no fuera a visitar a Mac Cormick.

Lo hizo. Liquidó a Mac Cormick, y en el tiroteo entre ellos dos, murió la mujer de la guardarropía del «Stars». Yo llegué dos minutos tarde para Mac Cormick y la empleada del guardarropía, pero a tiempo para atrapar a Donlevy cuando saltaba por la ventana de los lavabos. ¿Qué creías que debía hacer? ¿Felicitarle? Acabo de verle morir. Me ha escupido en la cara, y me ha maldecido. ¿Por qué?

Kirk Miller, brillantes los ojos, miró alternativamente a sus dos pistoleros. Anunció:

—Ojito con lo que hacemos. Aquí no mueve un dedo nadie, hasta que yo no lo quiera. Estamos hablando el inspector Gerry y yo, no lo olvidéis. Soy joven, Gerry, pero bastante desilusionado. Te cogí afecto, porque te creía un amigo mío. Aceptaba tus consejos, y por nada del mundo hubiera deseado que me cogieras con las manos en la masa. Hasta llegué a coger por mi cuenta a Rinaldi, y en plan amistoso, acompañado por mis chicos, le insinué que si te encontraban tieso en una esquina, él y su orquesta, deberían buscar un hoyo, o volver a su tierra natal. Y… esta madrugada, hace apenas media hora, Jimmy se ha quemado, no porque el verdugo haya bajado la palanca, sino porque tú, cochinamente, lo atrapaste.

—Hace bastante tiempo que sabía él, como sabes tú, que pertenezco a la policía. Yo no me metí en vuestro bar dándomelas de otra cosa. Y cada vez que quisiste pagarme la cena o una copa, no acepté. Cuando me enviaste una caja de cigarros, el mismo que me la traía, este sucio abogadillo de Linkers, se la volvió a llevar, y también llevaba en el fondillo de los pantalones la marca de mi suela. Yo no pretendo ser juez, pero sí quiero hacer honor a lo que juré.

—Hasta hoy no te han relevado, porque yo no quise, Gerry. Y muy posiblemente sigues vivo, porque había algunos buenos mozos, que teniéndote muchas ganas, se las aguantaban. Ellos sabían que si tú caías, yo les pediría cuentas. Y como agradecimiento, esta madrugada has hecho quemar a Jimmy.

—Ignoraba que me protegieras, Miller. Yo no te pago cuota. Tengo sueño, y quiero darte mi último consejo. Si uno de estos bestias aprieta el gatillo, aparte de que yo no soy manco, el que quede para contarlo, irá a hacerle compañía a Donlevy. Vete, Miller… y no nos confundamos. Si pisas en falso, haré contigo lo

que hice con Donlevy.

Kirk Miller, con la mano izquierda, desabrochó su americana, apartando la solapa. En el forro gris, destacó la blancura de una dalia artificial.

—Hay muchos de tus colegas que darían un año de paga para cogerme con este adorno. Pero sólo lo llevo cuando voy a matar…

Con las dos manos hacia atrás, como reclinándose en la blandura de la cama, una de ellas próxima al sombrero que había arrojado sobre el embozo al entrar, dijo ásperamente Masters:

—Comprendo que estés un poco alterado, ya que Donlevy era tu amigo. Pero en tu propio interés, cuidado con lo que vas a hacer, Miller. No te salvarían ni cien Linkers de la silla, si me encuentran tieso, en la misma madrugada que ha muerto Donlevy. Olvidaré que habéis entrado en plan amenazador.

—¿Oís? El inspector Gerry nos perdona la vida. Siempre dije que eras valiente, pero no te creí tan seguro de ti mismo. No sería yo quien soy, si dejara sin vengar la muerte de Jimmy.

—Pídele cuentas a quien debes… Al que legisló que los asesinos deben pagar lo que realizan contra la sociedad.

—Jimmy tenía esposa y una hija, inspector.

—También Mac Cormick tendría familia, y la empleada del «Stars». No acudas a falsos sentimentalismos, Miller.

—Vosotros, saliendo —silabeó, encorvado, Miller.

Los dos pistoleros retrocedieron, con la vista alerta. Pero Gerald Masters seguía reclinado hacia atrás. Su diestra rozaba el ala negra de su fieltro.

Kirk Miller avanzó un paso, y a sus espaldas, los dos pistoleros siguieron retrocediendo hacia el vestíbulo en penumbra.

—Muévete, Gerry… Aun al mismo Judas le daría yo una probabilidad…

Gerald Masters, ceñudo, apretó más la delgada línea de sus labios. Kirk Miller empezó a desprender el alfiler que sostenía la dalia, y súbitamente extrajo su arma.

Simultáneamente, restallaron dos disparos, mientras sobre la cama, Gerald Masters describía una vuelta lateral, empuñando la pequeña y chata automática que estaba enfundada bajo el sombrero, y que humeaba…

Tambaleándose, con cara de infinita sorpresa, Kirk Miller, inerte

el brazo derecho, cogió con rabia su mano diestra, atravesada. Apretó, y Gerald Masters disparó de nuevo, confundiéndose los dos disparos.

En el umbral, resplandecieron dos fogonazos, mientras el otro pistolero, arrodillado, atraía hacia sí al inerte Miller.

Gerald Masters, de bruces, vació el cargador, antes de quedar inmóvil. Ya lo que siguió después no lo supo, hasta que en la cama de la clínica, una enfermera, con admiración, le hizo un resumen.

Los disparos habían atraído a un coche patrulla. Encontraron un pistolero muerto, otro agonizante, que había fallecido en la ambulancia, y Kirk Miller, con la dalia delatora de anteriores visitas a otros maleantes, era el que mejor librado salió.

Una bala en la mano derecha, otra en el hombro izquierdo, que le extrajeron en la enfermería de la Penitenciaría Central.

En cuanto a Masters, sólo una bala le había alcanzado, Peligrosa, porque se había alojado en una vértebra del esternón, por suerte un poco alta, por milímetros no perforando el estómago.

Estaría fuera de peligro antes de quince días, si no se presentaban complicaciones.

No se presentaron. Pero tardó veintidós días en abandonar la clínica. Le molestaba la aureola de héroe con que le gratificaba la prensa, donde también leyó el proceso de Kirk Miller, defendido por el hábil Linkers.

El fiscal declaró, como término a su filípica, que en su larga carrera no había pedido nunca, con tanta serenidad y justicia, una pena de muerte.

El defensor arguyó que una dalia artificial no era prueba, ya que otros pudieron valerse de la leyenda, para que fueran achacados a Kirk Millar delitos que nunca cometió.

El jurado deliberó largamente. En grandes titulares, la Prensa consideró un triunfo cívico, la sentencia de muerte contra Kirk Miller, que sería ejecutado el jueves, 21, a las cinco de la madrugada, tres semanas después de la ejecución de su lugarteniente James Donlevy.

El inspector Masters, obtuvo un permiso de quince días por convalecencia. Le dolía de vez en cuando, con agudo alfilerazo intermitente, el hoyo cicatrizado, «por milímetros un poco más alto», en el esternón.

Leyó, impasible, que el Supremo había atendido la petición de indulto, trocando por perpetua la condena a muerte.

Gerald Masters andaba prevenido, y cuando cierta noche, penetraba en el vestíbulo, saltó de costado, sin encender la luz. Oía perfectamente un resollar, una respiración próxima.

Trató de identificar al visitante, sospechoso de mala intención, y la más absurda, sorpresa le invadió. Acababa de ver al fondo, sobre un sillón, un pequeño bulto blanco, del que brotaba un vagido.

Encendió la luz, y aproximándose, miró con asombro el fardo que ocupaba el sillón.

Un gorrito de lana blanca, una capa esponjosa… Un óvalo redondo, sonrosado, de una criatura durmiendo, y emitiendo de vez en cuando, un suspiro. Prendido en la capa con un alfiler, había un sobre.

Cogió Masters el sobre abultado. Extrajo un papel que se arrugaba en rededor de una flor artificial; una dalia.

> «Cuida de ella porque su madre murió. No es falso sentimentalismo. Es una niña cuyos dos años no tienen culpa de que seamos lo que somos. Su madre tuvo el capricho de llamarla Evangelina. Lleva el pan bajo el sobaco».

No había firma, y estaba escrito con mayúsculas. Bajó la capa, otro sobre contenía diez billetes de mil dólares.

Gerald Masters tenía el pleno convencimiento de que los críos eran fuentes de agua, y energúmenos llorones. Miró con severidad a la que, durmiendo, sonreía.

Se acercó al teléfono, y cogiendo el listín, buscó la columna, de orfanatos. Se sobresaltó porque desde el sillón, una voz ceceante exigía:

—¡«Bayo quero»!

Sentada, Evangelina dilatando los azules ojos, contempló al desconocido. Repitió, pero tímidamente:

—¡«Bayo quero»!

Echándose atrás el sombrero, en cuyo interior se enfundaba una automática casi de juguete, Gerald Masters se rascó ceñudo el inicio

del negro cabello.

—¿Qué voy a hacer contigo? Es ridículo meterme en este lío, a mí. La niña abandonada, el policía cariñoso, todo eso es filfa.

Se había aproximado, y de pronto, pestañeó. La chiquilla había agarrado su dedo anular, y sonreía.

—No eres fea, Evangelina.

—Lina «quere bayou».

—Mira, voy a llevarte a quien sepa entenderte. ¿Sabes andar o qué?

El crío tendió los brazos, y el inspector Masters miró en rededor, como si alguien le pudiera ver sosteniendo aquel rorro, cogido de su cuello.

—Vamos a coger un «taxi», y nos iremos a un pueblo, donde vive una mujer que me sirvió de niñera, cuando mis padres tenían dinero. Y por lo que más quieras, no chilles ni te muevas, ¿estamos?

Evangelina apoyó la cabeza en un hombro del que la sostenía, y se durmió. El traqueteo del «taxi» la acunó, y dormida, pasó a los brazos de una mujer, que en su casa de Joliet comentó:

—Es una preciosidad de criatura, Gerry. Yo no sabía que te habías casado, y pudiste venir con tu esposa, y…

—Sigo soltero, y por favor, no me haga preguntas, «mum». En este sobre van diez mil dólares, y usted le da al crío lo que necesite, y cuando se acabe el dinero, pues me escribe. Si tengo tiempo libre, me asomaré. ¡No me haga preguntas, «mum»!, o meto al crío ése en un orfanato, y asunto concluido.

—Siempre tan salvaje, Gerry. Dime al menos cómo se llama.

—Evangelina, tiene dos años, y no le meta cuentos. Si pregunta por sus padres, le habla del cielo. Adiós, «mum».

—Quédale al menos hasta que yo la desvista y…

—Adiós, «mum».

Un mes después, Gerald Masters «se asomó». Parecía avergonzado…

—Un asunto me llevó a Evanston, y de paso me he acercado. ¿Dónde está el crío?

—Lina —llamó la mujer.

Apareció Evangelina, que vino directamente a apoyarse contra las rodillas del visitante. Anunció:

—«Mum» y tú «benos».

Gerald Masters pasó los dedos por los ensortijados cabellos rubios.

—Éste crió revienta de salud.

—Se llama Evangelina, señorito Gerald. Y en este mundo, por más endurecidos que sean los hombres como usted, han de admitir que lo único bueno y sincero es…

—¡Oh, bueno, déjese de bobadas! La próxima vez que venga, le traeré algo al crío. ¿Qué significa «bayo»?

—Caballo, caballo —hizo saber Evangelina.

El inspector Gerald Masters empezó a ausentarse de Chicago con bastante regularidad, en sus turnos libres. Nadie sabía que el «piel roja», el «cuervo pistolero de la ley», el «chacal asqueroso», se revolcaba muy gustoso en cierta casita de Joliet.

«Mum» pretextaba labores, para dejar a solas al que era aún más pueril que la propia Evangelina en aquellos instantes. Ella le llamaba Gerry, y le hacía confidencias muy profundas.

Cuando Evangelina tenía cuatro años, el inspector Masters fue ascendido a comisario, como premio a su incesante «buena fortuna» en la persecución de delincuentes.

Decidió que la Nochebuena de aquel año 1928, sería espléndida, porque anunciaría a «mum» su intención de residir en Joliet, pues adquiriría un coche, y así podría trasladarse a diario a Chicago.

Llegó con euforia, repletos los brazos de paquetes. Empujó con el pie la puerta, atravesó el comedor, y… dejó caer todos los paquetes.

En el suelo, «mum» mostraba en los blancos cabellos estrías rojas. Tenía la base del cráneo rota a culatazos.

Convulso, con los rasgos faciales crispados en mueca salvaje, Gerald Masters recorrió las habitaciones y el jardín repetidamente, hasta que pudo ver un papel colgando de la cama infantil.

Tardó en captar el sentido de las líneas escritas a máquina.

> «Tú único punto sensible se llamaba Evangelina. Si progresas en tu carrera, no seas juez de las pobres mujerzuelas, porque alguna de ellas podría ser Evangelina, si vives los años suficientes para comprobarlo. Matarla a ella, o intentarlo conmigo, será

misericordioso. Felices Navidades, comisario Gerry Masters».

El 8 de enero de 1929, el superintendente del distrito oeste, llamó al comisario Masters. Le miró críticamente. En efecto, el rumor era cierto. Se veían en el rostro afilado huellas de «intemperancia».

—Hasta su ascenso, era usted un funcionario ejemplar, Masters. No quise prestar crédito a ciertos rumores, que pretenden que usted demuestra síntomas de querer hacer amistad con los que hasta hoy perseguía. Parece ser que le han visto bebiendo en prolongada estancia con notorios fichados. ¿Ha cambiado de táctica? ¿Cree que ellos van a ser tan necios como para confiar en usted? Le van a despreciar si sigue así. La otra noche, salió usted borracho del «Stars», en el mismo *cabaret* donde detuvo a Jimmy Donlevy. Me limito a llamarle la atención, Masters.

En febrero de 1929, fué recogido el comisario Masters, magullado y tundido a golpes. No quiso recordar o realmente estaba demasiado bebido para recordarlo, quiénes le habían agredido.

En el hampa hubo quien insinuó que «Gerry Masters pretendía congraciarse», y «que sería pronto uno más de los que comían a dos mesas».

En julio de 1929, un abogado denunció al comisario Masters, demostrando que había recibido mil dólares de John Varzio. Estaba entonces ocupando la Fiscalía policial de depuración, un joven funcionario ansioso de demostrar su rigidez.

Gerald Masters fué degradado, y condenado a cinco años de cárcel, por encubridor.

En septiembre de 1934, un liberto envejecido prematuramente, fué conducido a presencia de un alto funcionario policial.

—Usted fué un policía honrado antes de contraer malas costumbres, Masters. Podría intentar convencer al gobernador, y conseguirle a usted un empleo.

Gerald Masters, flaco, estriados de blanco sus negros cabellos, dijo ásperamente:

—Sabré componérmelas. Y en secreto, le diré que sólo hay una vacante de funcionario que muy en secreto me gustaría ocupar.

Estaba en pie, y se inclinó para murmurar una sola palabra casi

al oído del prohombre, que tardó unos instantes en responder:

—Bien. Ya le avisaré en el momento oportuno. Recuerde que si comete un nuevo error, seremos doblemente severos con usted. Nos comunicará mensualmente sus cambios de dirección. Procure redimirse, y olvidar el pasado.

En el mostrador de un bar del distrito oeste, Gerald Masters, apurando su tercera copita, de *whisky* de contrabando, murmuraba:

—«Procure olvidar el pasado», idiota. No va contigo, muchacho. He oído decir que van a suprimir la Ley Seca. No está mal. Pero habrá otros negocios. ¿Cuánto me cobrarías por una cama en tu espléndido desván?

—Depende de donde salga usted. No le conocemos por aquí.

—Vamos, vamos…

Y Gerald Masters, por encima del hombro, sacudió el pulgar hacia atrás.

—Aquel caballerete, llamado Abe Jackson, te dirá quién soy, si se acerca. Me llamo Gerry Masters, y he cumplido cinco años enteros. ¡Abe, muchacho, dile a éste quién soy yo!

Abe Jackson se aproximó, y escupiendo al suelo, torvamente, dijo:

—Es Masters, un cuervo al que expulsaron por doblemente vendido. Un borrachín asustado, que se «rajó». Oye, Soapy, ¿no se dió de baja tu friega suelos? La comida y la bebida asegurada, Masters, y a lo mejor te dejan vaciar los fondos de vaso.

—Trago —dijo solemnemente Masters.

—Está muy endeble este fulano —opinó Soapy.

—Hierro puro, patrón, soy hierro puro. Póngame a prueba.

Así fué cómo Gerald Masters ingresó de fregachín en el bar «Concord».

—Un triste payaso —comentaban unos.

El año 1936, ascendió Masters. Era socio de Soapy, y el local se amplió. Había también evolucionado la situación. Muchos notorios maleantes cambiaron sus nombres, para instalarse en legales negocios.

Las bandas que dominaban Chicago iban desapareciendo. El delito ya no podía exhibirse escandalosamente.

Pero continuaban existiendo individuos para quienes el trabajar era un oprobio. Recibían atinados consejos del «juez Gerry», que era

un viejo zorro que se las sabía todas.

Pocos quedaban ya que supieran que aquel individuo flaco, de blanco cabello, y nariz rojiza, había sido un policía, y que tenía apenas cuarenta años, cuando el «Concord» era ya un local falsamente elegante, en 1940.

Le llamaban «juez Gerry», porque se sabía de memoria las leyes vigentes, y en conflictos surgidos entre maleantes, daba su opinión, que era o no seguida, pero siempre reconocida como acertada.

Se ausentaba raramente. Sólo algún que otro miércoles por la noche, y regresaba el jueves por el mediodía. Se rumoreaba que debía tener alguna esposa secreta, seguramente muy jovencita, porque demostraba mucho interés por todas las jovencitas que acudían al «Concord», aunque ninguna de ellas podía comprender por qué les hacía preguntas acerca de su edad y pasado, ya que después se apartaba de ellas, siempre severo el semblante de borrachín.

El año 1942, murió de pulmonía Soapy. Quedó de dueño del próspero «Concord», el juez Gerry, que tenía la fama secreta de ser el mejor consejero para los aprendices del delito.

Para la nueva generación, el juez Gerry representaba ser un veterano de la época heroica del Chicago libre y turbulento de la década 1925 — 1935.

Capítulo primero

Robin Dalton se miró en el espejo. Estaba orgulloso de sus orejas azules, su ojo semicerrado, y otras tumefacciones. Eran huellas gloriosas de su triunfo por «K. O.», en el séptimo «*round*» sobre el duro pegador negro que la noche anterior deliberó con él, entre cuerdas, para averiguar cuál de los dos hacía más méritos para ser el finalista del torneo cinturón de oro, aficionados, peso medio.

Robin Dalton, de ancho cogote, rostro chato y fornida anatomía, no aceptaba consejos de nadie. Era, por naturaleza, agresivo, aunque sin maldad.

Pidió con autoridad:

—Un doble de coñac, tú.

El camarero del bar central del «Concord» atendió la petición. Iba el pugilista a beber, cuando una mano flaca y blanda le cogió la muñeca.

—Tú no bebes aquí, ternero.

Realmente el perfil de Dalton evocaba la res citada. Robin Dalton soltó el vaso, y contrajo los poderosos hombros, dispuesto a dar la merecida respuesta al temerario que…

Pero al reconocer al que estaba en pie a su lado, Robin Dalton sonrió. Si había algo en el mundo que él admiraba era a la gente de letras.

—Bueno, juez. Lo que usted diga, pero yo no pienso que una copa de mes en mes, sea lo que no es, sino un tónico, si es que me sé explicar.

—Tú no naciste para pensar, Rob. A tu tierna edad, es perjudicial. Tienes veinte años, y un gran porvenir delante tuyo. Sí… Un gran porvenir. Ven conmigo, ternero.

Robin Dalton saltó del taburete, y siguió dócilmente a Gerry

Masters. A la derecha de la entrada, había un corredor que conducía a las tres habitaciones muy privadas, con ingeniosos mecanismos que impedían el acceso al más hábil ratero. Pocos eran los que conocían su interior.

La primera sala, era un despacho biblioteca, la segunda un salón comedor, y, la tercera, una alcoba con cuarto de baño.

Sólo una puerta, la del despacho, permitía penetrar en las demás habitaciones.

Robin Dalton aguardó a que Masters se sentara, para hacerlo él.

—Como te decía, tienes un gran porvenir, Rob. Irás al hospital de resultas de un palizón legal.

—Salvo la mejor opinión, puedo también llegar a ser alguien. Zumbo que da gusto, dice Jeff, y en lo tocante a recibir no me amilano. También lo dice Jeff.

—Hace un año que empecé a estudiarte, Rob. Te mandé al cuerno cuando me pediste que te enseñara a leer y escribir, pero hoy ya sabes.

—Gracias a usted, juez. No está de más manejar la pluma, y poder leer lo que dice bajo los dibujos. Me reventaba no…

—Atiende, cernícalo, y contesta solamente a lo que yo hable. Por lo que sea, yo que no le tengo aprecio a nadie, te cogí afecto, porque eres un bruto noble y sencillo. Es un elogio, Rob. La gente que acude al «Concord» suele ser bruta, pero desleal y complicada. Me gustaría saber si tú me aprecias.

—Hombre, yo seré bruto, y no pienso discutirlo, porque si usted lo afirma, es que será así, pero vamos, no tanto, digo yo. ¿Hay alguien que le molesta? Señálemelo y va listo.

—Hace aproximadamente catorce años, unos individuos me jugaron la peor canallada que puede hacerse, Rob. Durante estos catorce años, hice cuanto pude por averiguar quiénes eran. Creo que tengo, por fin, una pista. Podría continuar a solas, pero contando contigo…

—¡Venga ya, juez! ¿A quién hay que despellejar? Ya me figuraba yo que usted tenía algo entre cejas. Eso que llaman un pasado trágico. No me acababa de rellenar el que usted fuera un patrón de bar, aunque éste valga.

—Puedo haberme equivocado, pero juraría sobre la Biblia, que si te pido silencio, te callarías.

—Me como yo la Biblia, si…

—Levántate, Robin Dalton.

El pugilista, sin saber por qué, se sintió impresionado. Gerald Masters, cogiendo un libro voluminoso, lo sostenía a plano sobre la palma de la zurda.

De un cajón había sacado una automática, que mantuvo en alto, casi contra la sien de patilla atufada y blanca.

—Vas a repetir, Robin Dalton: «Juro por mi eterna salvación no ser desleal en el cumplimiento de cuanto me ordene el juez Gerry».

—Juro por mi eterna salvación, que haré callando lo que mande el juez Gerry —dijo Dalton apoyando la diestra sobre el libro.

—Si fueras desleal, Robin Dalton, yo juro que quemaré tu seso.

—Puede arrinconar el petardo, juez. Yo a nadie le tengo ley, ni a nadie le he prometido lealtad. A usted, lo que sea, porque me da la gana, porque hay algo raro bajo su caletre, y que no es malo, aunque me mandase usted matar al mismísimo presidente de los Estados, pongo yo por ejemplo. Pero me ha impresionado usted con eso de la Biblia y el petardo.

—Puedes volver a sentarte. No se trata de matar… tú, a nadie. Concurren en ti ciertas cualidades. Nadie podría desconfiar de ti, porque eres la guapa imagen del bruto integral. Tienes éxito con las chicas, y los demás te creen con poco seso. Por ahora no entenderás de que va, pero en su día, si puedo llegar hasta el fin, lo sabrás.

—Cualquiera diría, que está usted muriéndose, juez.

Un rictus crispó los delgados labios. Pensó Masters que había frases vulgares y que inconscientemente atinaban…

—Antes hablaste de Jeff. ¿Es tu amigo, verdad?

—Mi entrenador, que no es lo mismo.

—Tampoco a él has de decirle nada de cuanto hablemos.

—Juré, ¿no? Ya le digo que nada me extrañará.

—El promotor de los combates de boxeo que tiene la exclusiva para la zona Sur y Oeste, ¿le conoces bien, Rob?

—Es Brian Dorset. Nació aquí, pero hará cosa de unos cuantos años, se fué a Europa, y debió de hacer dinero. El caso es que maneja, tres salas de deportes y se hincha. Tendrá cosa de unos cincuenta años a lo más, y vive por todo lo alto, aunque se le nota que no nació con clase, si es que me hago entender.

—¿Cuándo puedes verle a solas?

—A solas, no le he visto nunca, pero podría, por ejemplo, esperarle cuando sale de la «Sporting Box», donde suele ir a las siete.

—Es esencial que nadie os oiga. Le dirás tan sólo esto: «En Nochebuena del año 28 hacía mucho frío en Joliet, señor Williams».

El juez Gerry calló, y Robin Dalton, moviendo los labios, parecía, masticar. Por fin, dijo:

—Si le suelto esta frase así de buenas a primeras al señor Dorset, avisa a los loqueros. Me dirá que para acertijos… Perdón, juez… Soy un idiota. Mañana a las siete estoy esperando al señor Dorset, y cuando estemos bien solos, le espeto: «En Navidades del 28, helaba por Joliet, señor Williams». ¿Qué más?

—Nada más. Te limitas a mirarle, y esperar a que diga algo. Es natural que para nada a nadie has de citarme. Y desconfía, porque apenas le hayas dicho esta frase, me equivocaré mucho si él no intenta sonsacarte. Lo que debes hacer es venir a verme, procurando no ser seguido. Ahora, te vas a la cama, y no vuelvas por aquí hasta mañana después de haberle dicho a Dorset, y a solas, la frase.

—Se hará como quiere, juez. Buenas noches.

Cuando Robin Dalton se hubo marchado, y Gerald Masters cerró la puerta, quedándose en sus habitaciones privadas, adoptó una postura que le era familiar, cuando nadie podía verle.

Reclinada la cabeza contra los cruzados brazos, sobre la mesita cercana a la cama, pensaba en el largo camino de abyección por el que había transitado, hasta encontrar el primer indicio. Y la más complicada venganza no le quitaría todo el amargor que inundaba su alma…

* * *

Brian Dorset, terminando de abrocharse el abrigo, salió del «Sporting Box», para atravesar la ancha acera, hacia su coche. Se detuvo, reconociendo la mole humana que le cerraba el paso.

—Buenas noches, señor Dorset.

—Hola, Robin. Os tengo dicho a los muchachos, que si queréis hablarme de combates, lo hagáis por intermedio de Jeffrey.

—No se trata de combates, señor Dorset. Quiero sólo decirte que en la Nochebuena del año 28, hacía mucho frío en Joliet, señor

Williams.

Robin Dalton soltó lenta y meticulosamente la última frase. Vió progresivamente los efectos. Primero, el rubicundo semblante de Dorset, adquirió un tono más obscuro, y sus labios temblaron, mientras, huidizos, sus ojos miraban en rededor, como si temiera que alguien pudiera haber oído.

Después, respiró fatigosamente, y forzó una sonrisa.

—No sé de qué me hablas, muchacho.

—Lo gracioso es que yo tampoco sé de que va, pero debe de tener castaña. Un poco más y le da a usted un patatús, señor Dorset.

—No es sitio éste… para hablar, Dalton. Si buscas billetes, llámame esta noche, hacia las diez, a casa. Tengo prisa.

Casi fué una huida, pensó Dalton, viendo a Dorset meterse en su coche. Esperó a que girase por la 43, y a paso elástico cruzó hasta internarse en la Avenida Jefferson.

A las siete y veinte, en el «Concord» buscó al dueño. Le vió en el principio del corredor a la derecha, y se dirigió sonriente hacia las habitaciones privadas.

Gerald Masters alzó la descarnada diestra, sentándose.

—Con mesura, Rob. Con detalle. Sin precipitarte. Esperabas a Dorset, ¿dónde?

—En la acera, y le corté el paso. Creyó que iba a hablarle de peleas, y le dije que no. Bueno, cuando cité el año 28, él se puso más colorado, y pestañeó. En un tris que no besa la lona. Era exactamente la cara del fulano que recibe en seco y sin aviso, una coz en el hígado. Casi puedo jurar que pasaron diez segundos antes de que le volviera el resuello, y va entonces y dándoselas de ignorante me dice que no sabía de qué le estaba yo hablando. Le dije la verdad. Le dije que yo tampoco sabía de lo que iba, pero que había gato encerrado, porque un poco más y se derrite. Entonces me dice que no era sitio para hablar. Miró en torno, pero sólo él pudo oírme. Me dijo que si yo buscaba billetes, que le llamara esta misma noche a las diez en su casa, y que tenía prisa. Entró en su coche, como si estuviera mareado. Le vi largarse, y aquí estoy, seguro de que nadie me ha seguido.

—Perfectamente, Rob. Dime, ¿tienes novia?

—Me rondan algunas, pero yo les digo que, por ahora, no estoy para majaderías.

—Habrá alguna que te será simpática.

—Está bastante aceptable la Myrna.

—Esta noche a las diez menos cuarto, tienes que estar cenando con Myrna en un sitio donde os vea mucha gente, y después de cenar, hacia las once, la llevas al baile más próximo del sitio donde cenes, y no la dejes hasta que no hayan tocado las dos de la madrugada. Es muy importante que lo hagas así.

—Usted lo manda, y basta. ¿Cuándo voy a por ella? Trabaja de «taxi» hasta las nueve.

—Vete a verla ahora mismo. Dile que esta noche te encuentras solo, y quieres invitarla por lo alto. Escucha, Rob… Yo no te pago, porque tan ofensivo sería para mí darte dinero, como para ti el aceptarlo. Pero con este billete de cien, que dirás haber ganado al «*póker*», convencerás a Myrna de que eres un chico que vale. Y vales, Rob, palabra. Pero has de prometerme que no beberás nada alcohólico, aunque ella insista.

—Que beba ella, pero yo ni hablar, juez. Bueno, y gracias por haberme dicho que valgo. ¿Cuándo le veo?

—Unos días sin vernos, será mejor. Vendrás aquí, pero no volveremos a hablarnos, hasta que yo te lo indique. Eres un buen chico, Rob.

—Me agrada, oírselo decir, juez. Hasta que usted mande, juez.

Robin Dalton, a las nueve, abandonó su palco, y le cerró el paso a una espigada pelirroja.

—Hola, nena. Aquí estoy, y me encuentro solo como una ostra. He ganado un pápiro al «*póker*», y me dije que lo mejor sería ir tú y yo a cenar, y después a mover los pies con arte. ¿Vale?

—Yo pensaba salir con aquel muchacho, que tiene un coche, y es hijo de un fabricante de conservas.

—Otra noche será, Myrna. Miraré a ver si encuentro a Leila.

—¿Leila, esta cursi? Parece mentira cómo sois los hombres…

A las diez en punto, Robin Dalton sorbía complacido un plato de crema con fresas. Sonreía… y Myrna comentó:

—Pareces un crío crecidito, feliz con el postre.

—El postre lo va a tomar quien yo me sé. Se está bien aquí, y hay que reposar la cena. Hacia las once iremos a bailar aquí al lado. Vamos al bar y echaremos una mano de dados, pero de veras.

A las diez en punto, Gerald Masters telefoneaba desde una

cabina pública en la avenida subterránea del Grant Park.

Fue el propio Dorset quien contestó:

—Brian Dorset al habla. Me gusta la puntualidad, Robin.

—Soy su representante, señor Dorset. Robin no entiende de negocios. Rogándole la máxima discreción, le espero en el «Drink Texas» de la sub de Grant Park. Me reconocerá por el bastón de puño de plata que tiene la forma de una cabeza de lebrel. Le espero, señor Dorset.

A las diez y quince, Brian Dorset examinaba el largo local de la cafetería. Vió a un hombre, un viejo de patillas atufadas y blancas, que reclinaba las dos manos y la barbilla sobre un puño de bastón plateado.

Se aproximó, respirando respetabilidad y opulencia por todos los poros de su bien cuidada anatomía, realzada por un sastre selecto.

—Buenas noches. Supongo que es usted el que me ha telefoneado.

—Soy, señor Dorset. Podemos hablar tranquilamente aquí mismo.

—Preferiría en mi coche. Podríamos dar un paseo. Estoy solo, y soy un hombre de negocios. Usted me recuerda a alguien…, pero no acierto a recordar. ¿Es usted abogado?

—Casi. Le sigo, señor Dorset, o mejor dicho le acompaño.

Al exterior, señaló Dorset un «Hudson».

—Estaremos más cómodos.

En el interior, y al arrancar a moderada marcha, dijo Dorset:

—Esta tarde, Robin, que tendrá apenas veinte años, hizo una referencia a una época lejana, y citó un apellido. Podemos ir donde quiera, señor… A mi casa, o a la suya.

—Si no es molestia, paseemos confortablemente por el Humboldt y el Garfield, hasta llegar a un acuerdo, Robin se limitó a repetirle una fecha, una ciudad y un apellido, pero solamente yo puedo aquilatar todo el contenido de estas tres citas… y naturalmente usted.

—Ignoro cómo pudo usted averiguar lo que sucedió hace mucho tiempo, señor…

—Una paciente tarea, muy paciente, señor Williams.

—Bien… Es mi segundo apellido. Preferiría, acabar cuanto antes. ¿Qué desea en concreto?

—Está un poco nervioso, señor Williams. Trataré de puntualizar un dato. Consultando muy diversas noticias, orientándome con gran dificultad, porque una mujer anciana muerta a culatazos en una casa solitaria, dió origen a muchas suposiciones, pero nadie halló explicación, tuve que hacer una lista de posibles interesados en perjudicar a determinado individuo. Era una lista muy larga. Tampoco podía yo verificar preguntas directas. Necesitaba primero adquirir una fama adecuada. Mis preguntas eran muy entremezcladas, hasta que, hará cosa de un mes, oí que un hombre llamado Brian Williams, acompañado de un socio suyo, Bruce Talbot, fué visto en Nueva York, a punto de embarcar hacia Europa. Un espectáculo simpático, porque Brian Williams, llevaba de la mano una chiquilla rebelde, o al menos que se agitaba bastante. Sucedía a principios del 29.

Brian Williams detuvo el coche en lugar permitido del parque Garfield. Se pasó un pañuelo por la boca.

—Yo me limité a recoger la chiquilla aquélla, para llevarla a un pensionado de Londres.

—Mi cliente sólo desea saber el actual paradero de aquella chiquilla, señor Williams. A cambio de esta información, estaría dispuesto a olvidar que los asociados Williams y Talbot, en Nochebuena del 28…

—Puedo demostrar que en esta fecha, yo estaba muy lejos de Joliet.

—No lo pongo en duda. ¿En qué pensionado dejó a la chiquilla?

—En Londres; fué Talbot el que se encargó. Yo no sé nada en absoluto y además, tengo derecho a cambiar de apellido, pero naturalmente, ocupo ahora una posición…

—Y le disgustaría que le preguntaran con quién andaba usted allá por el año 28. Al regresar de Europa, se hizo promotor, y su asociado Bruce Talbot, acaparó el distrito Norte. Cuando aquella mujer de Joliet fué hallada muerta, la policía indagó, mal informada. La mujer era huraña, y no recibía visitas. Sabían que tenía a su cuidado una niña, y que la visitaba un hombre forastero, que seguramente sería el que se llevó a la chiquilla. Faltaba dinero, y habían registrado. No, no fueron los que mataron a la mujer. Fué un tal Gerald Masters el que colocó pistas falsas, después de leer cierto papel. Atribuyeron el asesinato a un vagabundo ladrón.

Brian Williams, sin saber por qué, no quería mirar al hombre que se sentaba al lado del volante. Dijo:

—¿Qué desea su cliente? ¿Y quién es?

—Simplemente hallar el paradero de la chiquilla. Nada más. Yo sugiero que sería preferible que mi cliente permaneciera silencioso como lo ha estado durante catorce años, por fuerza, porque no encontró pista alguna.

—Repito que yo no sé nada de la chiquilla aquélla, porque fué Talbot el que en Londres la llevó a un pensionado.

—Entonces, sería mejor tratar de este asunto con Talbot Pero discretamente. Yo quisiera convencer a mi cliente de que ambos actuaron por consejo ajeno, sin intervenir en nada delictivo.

—Así fué. Nosotros hicimos lo que nos dijo… el que nos entregó la chiquilla aquélla. Yo ni siquiera conocía a Masters.

—Talbot tal vez sí. Es desagradable el tema tras tantos años, señor Dorset. Consultemos al señor Talbot. Desde cualquier teléfono, cítele, y quedará todo arreglado a satisfacción de mi cliente. Que venga aquí mismo, y en este coche nos pondremos de acuerdo. Dígale que es algo urgente. Podemos acercarnos a aquella cabina.



Dalton buscaba el hígado de su adversario…

Brian Williams puso en marcha el vehículo, y poco después, marcando un número, esperó, aplicando la boquilla contra su pecho.

—Dígale que lo espera en la plazoleta del Cisne, para presentarle a un promotor londinense.

—Habla Dorset. Avise al señor Talbot.

Aguardó unos momentos, y trató de dar una entonación jovial a sus palabras:

—Hola, Bruce. Estoy en el Garfield con un promotor de Londres. Ven al instante a la plazoleta del Cisne. Te esperamos. No preguntes ahora. Ven. Es asunto de la máxima importancia.

Colgó y contempló al que se daba golpecitos reflexivos en la barbilla con el puño de plata.

—Mientras aguardamos en el coche, Williams, podría ser que usted deseara recordar el pensionado, con el nombre del que le entregó la niña.

Caminando con prisas, Williams no contestó, hasta que, de nuevo al volante, dijo con sequedad:

—Talbot es más listo y tiene más memoria. Y tal vez él sepa tratar como corresponde a un chantajista.

—Tal vez. Pero sería necio, porque cuando se tienen dos hilos de la madeja se puede recomponer el ovillo entero. El año 28, usted y Talbot tenían participación directa en los negocios de un tal Melton.

Brian Williams crispó las manos en rededor del volante.

—Usted, en realidad, es un hilo frágil, un reptil de poca piel. En la banda de Melton eras el recadero, el soplón, el reclamo, y Melton no te hubiera confiado ningún secreto. Dices pues verdad, y ni tú ni Talbot sabréis lo que fué de aquélla, chiquilla. Trata de contestarme…

Pero Brian Williams, desorbitados los ojos, se reclinó a un lado, sin soltar el volante, sino aferrado a él.

Una delgadísima hoja de acero había penetrado muy limpiamente entre sus costillas, mientras en su sien chocaba el puño de plata del bastón.

Cuando iba a inclinarse sobre el volante, las enguantadas manos de Gerald Masters, lo volvieron a reclinar a un lado.

Gerald Masters estaba tras el respaldo, acurrucado, cuando un coche se detuvo delante del «Hudson» y saltó Bruce Talbot a la acera, aproximándose.

—¿Qué demonios te hizo citar el promotor de Londres, Brian? ¿Estás borracho o qué?… Contesta, Brian.

Abrió la portezuela. Algo chocó contra su sien, muy atinadamente, a la vez que era atraído al interior.

Un minuto después, Gerald Masters se alejaba del solitario

rincón del Garfield. Sabía que el agente de ronda, benévolo, con los coches aparcados en sitio reglamentario, con sus luces, apagadas, no lo sería con aquellos dos coches, de faros encendidos.

A la mañana siguiente la Prensa publicaba la detención, inculpado de asesinato, del promotor de deportes Bruce Talbot.

Bruce Talbot, a las nueve de la mañana, repetía infatigablemente:

—Me telefoneó Brian, para que acudiera a la plazoleta del Cisne porque quería hablarme de un asunto, urgente. Fui y creí que dormía. Recibí un golpe en la cabeza, y cuando recuperé el sentido, el «Hudson» estaba rodeado de agentes. Quisiera un poco de café.

—Mantenerse en esta actitud no le favorece, Talbot. Tenía usted en la mano el cuchillo, y Dorset Williams tenía entre los dedos un mechón arrancado de sus cabellos, Talbot. Discutieron, y pese a los años transcurridos, volvió usted a ser el Talbot de la banda de Melton. Confiese de una vez y será mejor.

Bruce Talbot volvió a repetir la verdad. El policía que estaba a sus espaldas, tomó la palabra:

—Williams le asestó un buen puñetazo, sin darle tiempo a escapar. Una liquidación de cuentas antiguas. Pero ya no estamos en el Chicago del 28, Talbot.

—Un abogado… quiero un abogado.

—Lo tendrá, pero durante cuarenta y ocho horas, en los casos que no dejan lugar a dudas, la ley federal no atenderá la demanda de abogado. Y nos quedan aún treinta y siete horas. Nos hace perder el tiempo, Talbot. Pero nosotros podemos descansar. Hable ya, y apenas confiese, podrá dormir tranquilamente, y llamaremos, al abogado que usted elija.

—Yo recibí un golpe al intentar despertar a Brian, y cuando desperté el coche estaba rodeado de agentes. Por favor, no puedo más.

—Ha perdido facultades, Talbot. Hace años que fué usted muy listo, ya que se marchó a tiempo, sin que pudiera demostrársele nada. Los negocios le iban mal. ¿Se negaba Williams Dorset a prestarle ayuda financiera? Parece ser que estaba usted cerca de la quiebra. Propuso asociación a Dorset, pero éste no aceptaba, ¿verdad? Pelearon, y siempre es un atenuante el arrebato.

—Yo no maté a Brian. Yo…

Bruce Talbot dejó caer la cabeza sobre la mesa. Un policía le asió por los cabellos.

—El mechón que le falta se quedó en el volante bajo los dedos de Dorset. Usted apretaba el mango contra el costado de Dorset. Un puñalón de técnico. Las ropas desordenadas… ¿Por qué se citaron en sitio tan solitario? Hable ya, Talbot.

—Déjalo, Albert. Que duerma unas horas. Es un caso tan claro, que dudo que un abogado consciente de su renombre, lo acepte. Haremos el atestado y si el jefe insiste, volveremos a sudar.

A las ocho de la noche, Bruce Talbot seguía negando. El médico federal del distrito Norte, reputado por sus dotes de sugestión, hizo salir a los policías.

—Mañana por la mañana le visitará un abogado, Talbot. Hace bien en negar, aunque todo le acusa. Pero las leyes han experimentado modificaciones últimamente. Usted podrá negar, y constará en el atestado, lo cual anula la posible defensa invocando la atenuante de homicidio involuntario en reyerta impremeditada. El fiscal hará hincapié en la premeditación, y en su pasado turbio. Aludirá también a lo que llaman los juristas obcecación posterior, para entorpecer la acción judicial. Siga mi consejo, libremente. Si confiesa, se beneficiará con una condena máxima de veinte años. Si persiste en negar torpemente, me temo que el abogado defensor no podrá lucirse.

—¿Qué… quiere… que… yo confiese lo… que no hice?

—Está agotado, Talbot. Y sin querer se perjudica, sosteniendo una negativa absurda.

—No… me sacarán… de lo que sostengo. Yo…

El médico se levantó.

—Mañana le visitará un abogado de oficio, Talbot, porque los buenos criminalistas rechazarán su defensa. Ya no estamos en los tiempos…

Al día siguiente, un abogado de oficio, a media tarde, en el locutorio de la Central, recriminó:

—Fué usted muy torpe, Talbot. Podríamos ahora invocar que le aplicaron el tercer grado, y que usted firmó, para poder librarse de malos tratos. Ahora consta su reiterada negativa.

A través del enrejado metálico, Bruce Talbot imprecó:

—¡Yo no maté! ¡Yo…!

—Por favor, por favor, cálmese. Soy su defensor, no lo olvide. Trataré de hacer lo que pueda. Deme su versión de los hechos, y hablaré con el fiscal.

El fiscal, en su despacho, se encogió de hombros ante su colega.

—Premeditación, nocturnidad, alevosía, asesinato en primer grado… toda la retahíla. Y la fuga preparada con su coche en marcha, faros encendidos. No podía suponer que la víctima en su estertor último le golpeara tan acertadamente, que permitió llegar a los agentes. Un caso perdido, porque se obstinó en negar, incurriendo en la agravante del artículo 18, de la ley federal del 43, agosto. En fin, lo sabes mejor que yo. Y la Prensa, arreando clamorosa, que sería una vergüenza pública que antiguos malhechores, pudieran volver a creerse que Chicago seguía siendo un feudo propicio a sus fechorías. Bruce Talbot irá a la silla eléctrica, porque no tiene defensa, posible. Firmó y rubricó su propia muerte.

—Mi único asidero es pedir dictamen pericial de psiquiatra.

—Dos sesiones más, y será perder el tiempo. ¿Qué tal sigue tu madre política?

—Mejora, y pasó el peligro —dijo tristemente el abogado.

A la tercera sesión, rechazado pericialmente el alegato del defensor, Bruce Talbot fué sacado violentamente del estrado, porque increpaba al jurado, que acababa de condenarle a muerte.

Un jueves a las cinco menos cuarto, esposado, Bruce Talbot, recluso agresivo, se sentó en un taburete. Un funcionario de cabellos blancos, le desgarró la pernera izquierda del pantalón gris.

Bruce Talbot estaba como alelado, pero cuando el verdugo le asió del codo, gritó:

—¡No puede ser!… ¡Es Gerry Masters!

—Cállese —conminó el alcaide—. No haga más penosa la tarea que nos incumbe.

—Gerry Masters… —Iba repitiendo Talbot, como en letanía.

Y empezó a reír desaforadamente, cuando Gerald Masters le ajustó los electrodos, sin haber pronunciado una sola palabra. La tensión bajó…

A las cinco y cuarto, el alcaide preguntó:

—¿Conocía usted a Talbot, Masters?

—Yo a él, no, pero él por lo visto, sí me conocía. Por suerte, será

discreto, y mi cargo vitalicio seguirá siendo secreto. Hasta otra, alcaide.

CAPÍTULO II

Robin Dalton esperó durante tres semanas una señal del dueño del «Concord». Sonrió cuando Gerald Masters le tocó, en el hombro.

—Así me gusta, Rob. Naranjada. ¿Es mañana cuando boxeas con el energúmeno de Kid Iron?

—Y que lo haré fosfatina, juez.

—Vamos a discutir la cosa. La táctica no me es desconocida, y te leeré las memorias de Bob Fritzimons, referentes a su combate con Joe Jeanette. Te serán provechosas.

En el despacho, Robin Dalton contempló como Masters, sentándose tras la mesa, se alisaba las patillas.

—Si tienes algo pensado, dímelo, muchacho. Me disgustaría que me callaras lo que piensas.

—La noche que saqué a cenar y a bailar a Myrna, lo pasamos bien. Hasta, le gané doce pavos a los dados. Al día siguiente eché un vistazo a mi periódico. Yo no me a turullo con las primeras planas, sino que voy a la página central, de los chistes, y a la de deportes. Pero se me metió por los ojos el nombre de Brian Williams Dorset, que estaba en primera plana. Lo leí todo. Y ¡qué caray! No cabía ni chispa de duda. Talbot apuñaló a Williams, y hasta le dejó parte de La cabellera como prueba. He pensado que usted supo hacer que los dos se pelearan, pero ya le he jurado que le tengo por muy sabedor, de lo que persigue, así vayan muriéndose los que sean, a la que oigan hablar de la Nochebuena del 28 en Joliet.

—Talbot, y Williams eran dos alimañas sin importancia, Rob.

—Satanás proteja a los gusanos, juez.

—En el año 28 formaban parte de la banda de Jack Melton, con otros seis, de los que murieron dos de mala manera. No sé dónde están Melton ni los otros cuatro, pero Slop Douglas, que cumplió

condena de ocho años, a partir del 30, tiene un negocio floreciente en los Yards. Dos camiones y un almacén de mayorista en carne fresca. Es más sucio, pero rinde más que la frigorífica. Me gustaría que te hicieras amigo de Slop Douglas, que presume de fuerte, y almuerza entre diez y diez y media de la mañana, en la cantina de los ganaderos. Hay un medio fácil de halagarle. Te asombras ante sus bíceps, y aludirás a que un médico te recomendó comer bistés crudos de buena clase y comprobada frescura.

—Lo veo fácil, juez.

—Puede ser que más tarde, alguien te relacione con Slop Douglas, y resulte más difícil lo que quede por hacer.

—Usted manda, juez.

—No creo que Douglas sospeche de ti, pero me repetirás detalladamente lo que habéis, y le irás diciendo lo que yo te indique. De momento, que os conozcáis como por casualidad. Tienes derecho a unas entradas gratis para el combate de mañana noche. Dale dos, pero ten bien presente que Slop Douglas es un bruto desleal.

—Mejor que mejor.

A la diez y cuarto del día siguiente, Robin Dalton entraba en la cabina del Mercado ganadero, y recorrió las mesas, buscando sitio.

Choferes, tratantes, almacenistas, detallistas, almorzaban con apetito, acostumbrados al acre olor que infestaba dos millas cuadradas.

Robin Dalton llevaba en la cara la marca de su afición. Un chofer le interpeló:

—¡Eh, muchacho! ¿Buscas, banco para sentarte, o alguien a quien romperle la cara?

Robin Dalton agitó la diestra, riendo.

—El médico me ha recomendado bistés crudos de carne bien fresca. Y esta noche tengo que zumbarle a Kid Iron.

—Siéntate aquí mismo, campeón. ¡Carne cruda para Tarzán, Mary! ¿En qué sala te recogerán con pinzas?

—En el «Sporting Box». La final del peso medio. Soy Rob Dalton.

Parecía un refectorio, con mesas largas y bancos adecuados. Desde la mesa vecina, uno comentó:

—Te conozco, Dalton. Estuviste bueno la noche que noqueaste al negro presumido en el octavo.

—En el séptimo, pero da lo mismo. Lo que no acabo de comprender es que la carne cruda y fresca sirva para otra cosa que para atraer moscas.

—Tienes razón, muchacho. ¿O no la tiene, señor Douglas?

Un individuo corpulento, de americana chillona y delantal de cuero, dos mesas más allá, apuró su taza de café, y levantándose, se acercó al chofer que, junto a Dalton, le había interpelado.

—¿Qué te pasa a ti?

—Este chico es Rob Dalton un púgil de mérito. Y está dudoso, porque su médico le ha recomendado que coma carne fresca y cruda.

Slop Douglas miró desdeñosamente al joven boxeador.

—Los hay que aunque comieran toneladas de carne no aguantarían dos tortas bien dadas. ¿Dalton, Rob? Me suena…

—Boxeé para el cinturón de los medios con el negro Samson, señor Douglas —dijo respetuosamente Dalton—. Lo tumbé al séptimo, y las apuestas iban a siete cinco por el negro. Y esta noche van a ocho tres por Kid Iron, pero yo…

—Te lo comerás crudo, inocentón. Ven acá, y te invito a un trago de leche con vitaminas.

Rieron algunos, y Robin Dalton, siempre respetuoso, siguió hasta un mostrador poco concurrido al ex componente de la banda de Jack Melton.

—Tú eres un inocentón, al hablar de apuestas delante de esta masa de jugadores. A mí me gusta el boxeo.

—Y es usted fuerte de veras, señor Douglas.

—Tengo ya mis años, pero aun me veo capaz de hacer sudar a los pimpollos. ¿Apuestan ocho a tres por Kid Iron?

—Claro que de aquí a la noche, puede estar más o menos siete a cinco, señor Douglas.

—Ven conmigo, muchacho. Pensaba ir a un asunto al centro, y puedo llevarte en mi coche.

—Sí, señor Douglas.

Al exterior de la cantina, quitándose el delantal de cuero mientras andaba, lo arrojó Douglas casi a la cara de un matarife que pasaba.

Siguió andando hasta los toldos donde se alineaban coches de todas clases, y subió a una furgoneta. Robin Dalton se sentó a su

lado.

—¿Cuántos combates llevas?

—Veintisiete. He ganado once por «K. O.», ocho por puntos, y he perdido el resto, con sólo un «groggy» técnico, pero porque el árbitro era un mantequilla.

—El mundo pertenece a los listos, Robin. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor Douglas.

—¿Qué tal es el Iron ése?

—De los científicos, y encaja, pero es incapaz de hacerme besar la lona, si no esconde un martillo en el guante.

—Pero a los puntos puede ganarte, ¿no?

Conducía ya por la avenida exterior, y el olor a establo iba disminuyendo.

—Jeff, mi entrenador, dice que si logro meterme en el cuerpo a cuerpo, Iron no asimila los cortos en el hígado. Claro que tiene la guardia cambiada, y es difícil despegarle el codo.

—Mírame bien, muchacho, y dime si tengo perfil de bobo. Nos acabamos de conocer, pero como no hay testigos, si me denuncias a la Comisión, me buscarías un disgusto.

—Yo no sé por qué voy a denunciarlo a usted, señor Douglas. Me es usted simpático.

Mentalmente, Robin Dalton se acusó de embustero hipócrita. Pero Slop Douglas replicó:

—También me agradas, y puedes hacer carrera conmigo. No te vendrían mal unos cuantos cientos esta misma noche. Lo difícil es dar con un amigo de confianza. Yo tengo buena fama, y me conocen como apostador. He perdido lo suficiente para que no asombre a nadie si gano. Iríamos al cincuenta por cien.

—No acabo de captar la onda, señor Douglas.

—Perder por abandono, no es una deshonra, si te quejas de dolor en la muñeca. Hacia la mitad del cuarto asalto, puedes pegar un golpe en mala postura, y torcer la cara en mueca dolorida. ¿Vas captando?

—Esto es… poco deportivo, señor Douglas.

—Pero productivo. Yo apuesto, unos miles a favor de Kid Iron, y mañana por la mañana, pasas a recoger la mitad. Pides la revancha con bolsa al ganador, y entonces sales a pegar de firme: Piénsalo, Rob. Yo esta tarde, a las cinco, estaré tomando café en el «Warrior»

de la 47. No me contestes ahora. ¿Dónde quieres que te deje?

—Allí mismo, señor Douglas. Lo pensaré, y no niego, que usted me está poniendo en un compromiso. Yo pensaba ganarme el cinturón, y pasar al profesionalismo.

—Perder por lesión, no quita cartel, y no hay médico que pueda discutir una distensión ligamentosa, que viene a ser como un calambre. A las cinco estoy en el «Warrior», Rob.

A las cinco, Robin Dalton se repetía mentalmente:

«Un verdadero sacrificio, Rob. Yo no puedo honradamente pedírtelo. Sería un medio de meterte en el bolsillo a Slop Douglas, pero tienes veinte años y muchas ilusiones. Claro que una distensión es un accidente que en nada perjudica tu categoría».

Slop Douglas trataba de ser elegante con su traje azul. Sonrió, y le fue definitivamente antipático a Robin Dalton, que al sentarse dijo:

—A otro le hubiese partido la cara, señor Douglas, pero usted debe tener eso que llaman dotes de gente.

—Don de gentes, muchacho, don de gentes. ¿Qué es esto?

—Dos entradas de fila de *ring* para esta noche.

—No seas inocentón. Los acomodadores sabrían que eran entradas de amigo. Atiéndeme bien, Rob: No se te escape la dinamita y estropees nuestro primer negocio. Haremos dinero largo, si me haces caso. Dejas a Jeff, y yo me ocupo de la Prensa y de tus contratos, colocándote como segundo a un antiguo amigo mío, que sería el hombre de paja, para que no me localicen a mí. Pero esta noche, no estropees nuestro primer negocio.

—Descuida. Además, Iron encaja todo lo que manden en los primeros asaltos.

—Mañana cobrarás tus buenos dos mil, y empezarás tu carrera de rico. A las diez en la cantina, y esta noche no vayas a saludarme.

Jeffrey, el cuidador, mientras vendaba las manos de Dalton, en el vestuario, gruñó:

—Estás mustio. No hay para tanto. Le puedes si le apartas el codo.

—Me duele la muñeca, Jeff. Fallé un directo al saco esta tarde.

—¡Maldito seas! Eres un bruto acabado. Te he dicho que el día del combate, reposo completo. Si pierdes, búscate a otro nodrizón.

Un pateo ruidoso acogió los saltitos con que saludó Kid Iron,

desde el centro del *ring*. Un científico con las apuestas nueve a cinco a su favor, suscitaba la repulsa de las localidades baratas.

Robin Dalton, cogiéndose la muñeca derecha, saludó sonriente. El primer asalto, demostró que Kid Iron se reservaba, con la preconcebida táctica de agotar a su impulsivo adversario.

En el segundo asalto, Dalton demostró que tenía intención de buscar como fuera el hígado de su contrincante.

En el tercer asalto, resbaló llevado de una furia íntima. Su adversario capeaba el temporal, con su hábil esquiva, y prodigando los largos directos en evitación del cuerpo a cuerpo.

En el cuarto asalto, además de sudor había lágrimas en el rostro de Robin Dalton. Quería, que el juez Gerry le sonriera, reconociendo el sacrificio.

Pegó un directo, y notó como Kid Iron se tambaleaba… Bajó el brazo derecho, crispando el rastro, Kid Iron tuvo tiempo de rehacerse, y terminó el asalto, defendiéndose difícilmente Dalton con una sola mano.

—No puedo más, Jeff. Tengo la muñeca partida.

Frenéticamente Jeffrey masajeó con embrocación el antebrazo derecho. En ronco sollozo, Robin Dalton, cuando, sonó el gongo, se levantó, para alzar el brazo izquierdo.

Era tan evidente su desconsuelo, que los que empezaban a gritar, fueron acallados. Y el propio Kid Iron, deportivamente, palmeó el hombro izquierdo de su vencido por abandono…

—Mala suerte, Rob. Me tuviste un poco tocado, y debió ser entonces…

El locutor anunció que el púgil Dalton retaba con bolsa al ganador, al flamante campeón.

Robin Dalton, al salir del local, con su maletín, se abrió paso malhumorado entre las filas de curiosos, que le dedicaban frases de consuelo.

Iba a llamar un «taxi», cuando en la otra acera reconoció al que le siseaba.

Gerald Masters, al volante de su dos plazas, no dijo nada, hasta que aminoró la marcha en la Jefferson, casi desierta.

—Me has dado la mayor prueba de amistad que un hombre puede dar, Rob. Yo sé lo que cuesta ser desleal a una profesión que amamos, muchacho. Y casi me arrepiento, porque no debí pedirte

este sacrificio. Yo sé el desgarrador combate que contigo mismo has sostenido.

—Ya está hecho, juez. Y nos consta que sólo por usted lo hubiera hecho. Y ya ahora a seguir con su intención.

—¿Te dijo Douglas el nombre de este amigo que se iba a hacer cargo de tus contratos?

—No. Pero mañana seguro que me lo dice. Afirmó que era un antiguo amigo suyo.

—Es mi deber explicarte…

—Cuando termine con todos ellos, juez. Ya le dije que usted tiene la razón, aunque, no tengo la menor idea de lo que se trata. ¿No cree que puede haber fallo en el asunto, si Douglas sabe que me entrevisto con usted?

—Por esto, mismo, iba a decirte que a partir de esta noche, no vuelvas a mi local. Irás al «Ginger», desde donde me telefonearás, cuando sepas el nombre de este antiguo amigo de Douglas, y dónde yo te llamaré, cuando… tenga algún proyecto bien madurado. De todos modos, dudo que Douglas me relacione con el dueño del «Concord», pero las precauciones son pocas. Y volverás a luchar con Iron, pero al que mejor pueda, y le ganarás, Rob. No tomes a mal una cosa que voy a confesarte. Por lo que sea, le tengo muy poco aprecio a la Humanidad, pero si hubiera más buenos muchachos como tú, yo no sería como soy. Gracias, Rob.

Robin Dalton se consideró compensado de su reciente derrota, y le gustó la cordial sonrisa con la que Gerald Masters le estrechó la mano, dejándole cerca de su alojamiento.

Dos días después, Robin Dalton, desde el «Ginger» telefoneaba el nombre de su nuevo «manager», y antiguo amigo de Slop Douglas: Albert Morrison.

Gerald Masters contestó:

—Es satisfactorio saberlo, Rob. Ya te llamaré a esta misma hora, uno de estos días.

Y «uno de esos días», Robin Dalton escuchó atentamente las instrucciones de Gerald Masters. Escuchaba con la misma atención que cuando en el entrenamiento le asesoraban. Y la parte que debía realizar le complacía sobremanera. Intuyó obscuramente que era «su coartada», pero a la vez, le serviría de desahogo, porque sin poderlo razonar, le era tan repelente Albert Morrison como Slop

Douglas, dos engreídos de mal fondo, que se suponían seres superiores, tratándole a él como a un pobre de espíritu.

Y a la mañana siguiente, a las doce, cuando Albert Morrison acudió al gimnasio de los «Yards», donde varios pugilistas profesionales efectuaban su entreno, Robin Dalton, desempeñó muy sinceramente su papel.

Morrison, ex pugilista, era técnicamente un gato viejo en los secretos del *ring*.

En su primer asalto de entrenamiento, Robin Dalton, exprofeso, actuó torpemente. Morrison, imprecando, y poseído de razón, arguyó en el descanso:

—A veces, eres más torpe que un elefante. —No sé por qué demonios dejé mi negocio para venir a la ciudad, y hacerme cargo de un mulo tan incapacitado como tú.

Robin Dalton se quitó los guantes de catorce onzas, tirándolos fuera de las cuerdas. Masculló mientras empezaba a quitarse las vendas:

—Ya no le aguanto más, Morrison. Por mí ya puede volver a escape a su pueblo.

El «*sparring*» aguardó con paciencia. Los otros púgiles se acercaron para escuchar más de cerca.

Era una cuestión de prestigio para Albert Morrison, ex «gángster» de la pandilla de Jack Melton.

—Te paga el entreno Douglas, y tienes contrato con él. Vuelve a vendarte y a ponerte los guantes, o te pesará.

—¡A cuerno con Douglas y contigo, negrero!

Fué un doble «uppercut» demoledor y preciso, que hizo encogerse hacia delante primero, y después salir disparado hacia atrás, a Morrison. El primer impacto al estómago era suficiente para un fuera de combate prolongado.

Cuando Albert Morrison recuperó el sentido, y se palpó la hinchada mandíbula, relucieron sus ojos con fulgor asesino.

Le informó con cierta sorna, el masajista, que Robin Dalton se había ido «a cantarle las cuarenta» a Slop Douglas.

Albert Morrison apreció la diplomacia con la que Slop Douglas había escuchado las «cuarenta». Se lo explicó mientras comían juntos:

—Vino a verme, apenas te zumbó. Me cogió aparte, y me dijo

que se había acabado, y que no quería ser un títere. Que iba a boxear por su cuenta, como independiente. Que ha alquilado una casa en el monte, junto a la cantera Bakerfield. La casa que tenía Kid Chocolate. Y que yo le dejara en paz, o contaría lo que pasó en el combate con Iron. Que esta tarde iba a celebrar su independencia, para, después de una buena noche de reposo en su casa del monte, empezar a sacudir libremente. Le dejé explayarse. Esta noche le haremos una visita, y lo vamos a «blandear». Te juro que se le acabarán los humos, y quedará cómo un corderito. Entre los dos lo convenceremos, ¿verdad, Morrison?

—Pasará días y noches reposando y meditando, el muy idiota. No sabe con quién se las juega, y va a saberlo.

Robin Dalton, siguiendo las instrucciones, se hizo muy visible toda la tarde con Myrna y después de cenar, un chofer de «taxi» con su novia, hizo una tarifa especial, de amigo, para efectuar una excursión realmente romántica, según insistía Dalton, con terquedad de embriagado.

Ir a contemplar el amanecer sobre el lago, desde la cumbre del Kankaee. Una excursión muy romántica, aunque larga, y de la que regresaron al día siguiente por la tarde, fatigados, pero contentos.

Como dijo el chofer, al despedirse de Dalton:

—A veces hay que darle gusto al alma.

Una observación que también oyó un individuo, que, reclinado contra un farol, parecía aguantar a alguien.

El «taxi» arrancó, ondeando cansinamente las manos, Myrna, y la novia del chofer. Y Robin Dalton se disponía a encaminarse hacia su alojamiento, cuando el individuo que parecía aguardar, se colocó a su lado.

Hizo un gesto elocuente. Mostrar abierta una carterita, que le acreditaba como policía.

—¿Es usted Robin Dalton?

—El mismo. Y pago mis impuestos.

—Es simple comprobación, aunque está bien demostrado que ha sido un accidente. ¿Usted se peleó con Albert Morrison ayer al mediodía?

—Sí. Lo mandé al cuerno, dándole los dos puñetazos que se merecía.

—Eso parece. Y también parece que anoche, después de cenar en

el
«Babylonia’s»,
declararon sus tres acompañantes que iban al Kankaee, a ver salir el sol sobre el lago.

—Y allá fuimos. Pero ¿a qué viene todo eso?

—Vulgar rutina, campeón. Es natural que si, por el mediodía, usted le atiza dos puñetazos a Morrison, y por la noche éste, con un amigo suyo, un tal Slop Douglas, saltan en pedazos con la furgoneta, cerca de una cantera, donde no hicieron caso de una barrera que les advertía el peligro, en Comisaría me mande el jefe a ver si usted se dedicó por la noche a tirar barrenos bajo una furgoneta. No se encrespe, campeón. Simple rutina. Usted es de los que pegan de cara, y Slop Douglas y Albert Morrison han quedado hechos pedacitos, por imprudencia. Descanse a gusto, Dalton. Todo está en orden. Con leer la Prensa ya se enterará. Buenas tardes, campeón.

Pero lo que decía la Prensa, era reiterar avisos a los conductores imprudentes que, para cortar camino, desdeñaban las señales de peligro.

La versión real sólo hubiera podido darla Gerald Masters.

CAPÍTULO III

En aquellos pinares al Norte de la ciudad, en verano, muchos eran los que practicaban «*camping*». Por sus senderos, se atajaban muchas millas. Había pocas construcciones, y la que se hizo habilitar un campeón pugilista, para sus entrenamientos, seguía inhabitada.

Un detalle que ignoraban Slop Douglas y Albert Morrison, cuando, cercana la media noche, contorneaban con la furgoneta la gran cantera abandonada, dirigiéndose hacia la casa en que pensaban hallar al que quería ser «independiente».

—Puede que no esté solo, Slop.

—Esta noche, sí. Mañana tenía intención de llamar a Jeff, su antiguo «manager», y a otros dos compañeros. Le pescaremos durmiendo la «mona». Estos tipos son de una sola pieza. Hacen las cosas tal como las anuncian. Bebería toda la tarde como un energúmeno, a modo de despedida de la «mala vida» como me dijo, y confiando en que una noche de reposo en clima de resina le dejaría por la mañana como nuevo. Yo le sacaré de la cama, y no empezarás a darle con la matraca hasta que te avise.

Dejaron la furgoneta en el solitario sendero, que remontaba hacia la casa, completamente a obscuras.

En el interior no había mobiliario, y las telarañas formaban cortinajes sólidos, y por el suelo carcomido se deslizaban alimañas y roedores, inquilinos gratuitos.

Detalles que también ignoraban los dos que iban tanteando desde la galería exterior las ventanas. Por fin, una que tenía rotos los cristales, permitió que Slop Douglas introdujera la mano y abriera la falleba.

Saltaron ambos al interior, con menos ejercitamiento que, unos catorce años antes, penetraron una Nochebuena en una casa de

Joliet, para matar a una mujer, y llevarse a una niña aterrorizada, a la que calmaron durante el camino diciéndole que era Gerry Masters quien les enviaba a buscarla, para llevarla a Inglaterra, a un colegio.

Slop Douglas, avanzando a pasos cautelosos, creyó que su compañero, que le seguía, había tropezado con algún mueble. Fué un rumor sordo… Giró sobre los tacones, y recibió el mismo golpe, seco, preciso.

La cabeza de plata de un lebrel rematando un bastón, chocó en su sien derecha, reiterando el toque preciso.

Slop Douglas rezongó incoherencias, antes de percibir con suficiente claridad sucesivas rarezas en el ambiente y situación en que se hallaba.

Era la caja posterior de su propia furgoneta, inmóvil. Encendida la pobre luz central. Estaba sentado, y contra sus espaldas, Albert Morrison se reclinaba forzosamente.

Unas cuerdas les reunían los codos, sobacos y cuello, proyectando una sombra poco grata, ya que se enlazaba sólidamente junto a la lamparilla, en uno de los garfios en ringlera, que solían suspender reses.

Y los dos, ya recuperados de la física inconsciencia, miraban con asombró a un desconocido, sentado en la banqueta, que había alzado.

Un hombre con aspecto de juez, de blancas patillas, que apoyaba la barbilla en un puño de bastón, que figuraba la cabeza de un lebrel.

Tenía sobre las rodillas una caja larga, negra, cuya cubierta cerrada, amortiguaba un
«tic-tac»
como de despertador.

—Buenas noches, Slop Douglas. Buenas noches, Albert Morrison. Dependerán de vuestra mayor o menor asimilación del estado en que os halláis. Para prevenir toda clase de preguntas necias, os haré un resumen de los hechos precedentes a esta entrevista, muy deseada por mí.

Gerald Masters hablaba con monotonía, casi como un maestro a quien aburre repetir un tema archisabido.

Los dos, que espalda contra espalda, ladeaban la cabeza para

mirarle, tardaban en reaccionar, porque era absurda aquella situación.

—Era lógico que tras las ingenuas declaraciones del muchacho noble y leal que es quien os habló este mediodía, os decidiérais a visitarle en privado. Tú no querías molestias con la Comisión de Apuestas, Douglas, y en cuanto a ti, Morrison, te escocían los dos puñetazos. Os he esperado pacientemente cuatro horas. ¿Qué son, si llevo esperando catorce años, cuatro míseras horas?

—¡¡Gerry Masters!! —chilló Slop Douglas.

—La mención de catorce años te ha recordado mi identidad, Douglas. He tardado tanto en dar con vosotros, porque nunca pude suponer que Jack Melton y su pandilla, tuviera nada contra el inspector Masters. Iremos por partes… La furgoneta está en una galería de la cantera. Nadie nos interrumpirá. Esta caja que llevo es un obsequio, que muy bien podéis rechazar. Se trata de un mecanismo sencillísimo. Un reloj conectando con un muelle, que normalmente serviría para despertar al que duerme. Pero está conectado con un cartucho de trilita, y el muelle soltará el percutor. No hay que preocuparse… Son las doce y media y hasta la una, el muelle no se soltará.

Slop Douglas y Albert Morrison consiguieron dificultosamente, ponerse en pie, tras ímprobos esfuerzos que, en silencio, contempló Masters.

Se bamboleaban ya, cuando Masters empujó con la contera, repetidamente, como un esgrimista. Al cuarto estoconazo, los dos, espalda contra espalda, cayeron de lado, mutuamente un estorbo para todo intento…

—No perdamos el tiempo inútilmente. Vuestra vida no tiene para mí el menor valor. Tanto me da que sigáis viviendo, como que saltéis convertidos en filetes. No soy sádico, sino que empleo terminología de carnicero, para que me entiendas mejor, Slop Douglas. A quien me interesa destrozar es a Jack Melton. Y os quedaría muy agradecido, si me dijerais lo que fué de una muchachita llamada Evangelina. Tuve una privada entrevista con Talbot y Williams. Ellos fueron «transportistas», y vosotros, por los antecedentes que he comprobado, erais «mano de obra» de Melton. Reflexionad, mientras doy un paseo. Quiero la confesión plena. No hay prisa, porque la cuerda durará aún… exactamente veintidós

minutos.

En pie, Gerald Masters fué a colocar la cajita abierta al extremo de la banqueta. El
«tic-tac»
fué ominosamente ruidoso en la pausa de silencio que siguió.

Se dio Masters unos toquecitos reflexivos en el mentón con la plateada empuñadura. Sus ojos contemplaban con indiferencia a los dos que, ya de nuevo sentados, no encontraban palabras razonables, porque el más abyecto terror les atenazaba.

—Doy por supuesto que matasteis a la mujer de Joliet, pero sólo pararé este reloj cuando sepa dónde encontrar a Jack Melton, y dónde se halla la llamada Evangelina. Volveré a la una menos diez…

—¡Masters, Gerry Masters! —apremió Slop Douglas—. Le ayudaremos, haremos lo que quieras, pero hace años que Melton nos dejó en la estacada. No sabemos dónde está; él no trataba directamente con nosotros, sino por intermedio de Williams. Y la chica se la pasamos a Williams… ¡di que sí, Morrison! ¡Díselo!

—Dímelo, Morrison —invitó suavemente Masters.

Albert Morrison quiso dar pruebas de su veracidad. No apartaba tos ojos de la esfera del despertador, que marcaba la una menos catorce.

—Melton nunca trató directamente con nosotros, palabra de honor. Nos daba encargos por medio de Brian Williams y Bruce Talbot. La noche a que usted alude, teníamos el encargo de matar a la vieja, dejar un papel, y llevarle la niña a Talbot, y para que no llorase ni armara alboroto, le dijimos que usted nos enviaba a buscarla para llevarla a un colegio de Londres. Entregamos la chica, y ya no sabemos más.

—Entonces, saben lo mismo que yo. Pero haced un pequeño esfuerzo. En los años que siguieron, debisteis oír algún comentario.

—A principios del año siguiente, a mí me cogieron, y pasé ocho años encerrado, y éste, doce en Alcatraz.

—Lo sé, pero Melton os debió ayudar.

—Nos dejó en la estacada, pero no le acusamos de nada.

—Naturalmente, porque acusarle a él era empeorar lo vuestro. Seguid mirando el reloj. Faltan seis minutos, y dentro de cinco más, os dejo…

—¡Masters! Te juro que si supiéramos algo… de Jack Melton… Pero desapareció de Chicago. Unos dicen que cambió de nombre, y que se hizo operar la cara, pero nosotros no le vimos la cara. Dos veces que nos llamó, llevaba máscara. ¡Palabra que sí, lo juro! ¡Masters… quita ese reloj!

—No hay razón para ponerse nerviosos. Estoy aquí con vosotros, y no tengo intención de saltar. Había otros dos tipos en la pandilla.

—¡Jim Cassidy, que se ahogó en el lago hace menos de un año! Y Paolo Zucco, que… ¡díselo, Morrison!

—A Zucco le vi en diciembre, en Evanston. Tiene allí una tintorería, y admite apuestas. Él y Cassidy eran los dos lugartenientes de Melton. ¡El reloj, el reloj!

—Cuatro minutos. Una maquinaria suiza, garantizada de precisión cronométrica. ¿Dónde está Evangelina, Slop Douglas?

—¡Por todo lo que más quieras…! —sollozó el corpulento asesino.

—Era ella lo único que quise, con mi profesión. Y ambos amores los perdí aquella Nochebuena en Joliet.

Los dos, en pie de nuevo, forcejeaban en bamboleos desesperados, Gerald Masters alzó el bastón, y de nuevo, repercutiendo en las sienes, privó de sentido a los dos ejecutores de la extraña e incomprensible venganza de Jack Melton.

Los desató, y cerró la cajita, cuyo despertador estaba unido por un cable a dos rollos de papel sin explosivo.

Dejó la puerta abierta, y saltando de la furgoneta, aplicó llama de mechero al grueso cartucho de dinamita colocado en el suelo. Cogió la mecha encendida, dejando el cartucho en el interior.

Se alejó para contemplar como, a escasa distancia de la barrera señalando peligro, la furgoneta, en la boca de una galería empleada por automovilistas con prisa, adquiría un fulgor rojizo en su tren posterior.

El cartucho que iba a estallar remataba por otra mecha con un orificio de barreno abierto en aquel trecho, bajo el espacio que ocupaba el capot.

Además de material abandonado al iniciar la huelga, los barreneros no eran responsables de si quedaban restos de explosivos, ya que hubiera sido considerado un «esquirol», el que fuera a la cantera, antes de que fuera conseguida la mejora de

salario. Un pleito que duraba doce días…

La furgoneta se incendió antes de que se oyera la fragorosa explosión que, en eco, reprodujeron los pinares. Otra segunda explosión levantó los hierros retorcidos, otra vez, en medio de un surtidor de piedras.

Gerald Masters las oyó desde el volante de su dos plazas, camino ya de la ciudad.

A la tarde siguiente, a las siete, cogió el auricular. Era Dalton.

—Un curioso profesional se quedó satisfecho al saber donde estuve. ¿Algo más, juez?

—Vuelve con tu buen cuidador Jeff, y prepárate a fondo para desquitarte con Iron. Un par de semanas sin vernos, será mejor. Gracias. La amistad con la ausencia se consolida. Antes de quince días, quiero verte ganar la revancha. Nada de alcohol, ni Myrna, ni paseos al Kankaee. Y pronto podré explicarte una triste historia.

Colgó Masters. Se palpaba la parte alta del estómago, allí donde la bala de Kirk Miller falló por poco. Había ocasiones en que le dolía agudamente, y tenía que recurrir a un calmante, en inyectable de morfina.

CAPÍTULO IV

—Aprecio su buena voluntad, Roberts, pero es joven y tiene un enemigo insidioso en la carrera. La imaginación —afirmó benévolo el inspector.

El agente John Roberts, asentía, pero especificó.

—Descarto por completo a Dalton, señor. Y me consta que todo demuestra el accidente, puesto que el capataz admitió que quedaron abandonados explosivos, y que la barrera advertía de ello a los transeúntes. Pero no me negará usted que es extraño. Brian Williams y Bruce Talbot, mueren en un coche. Slop Douglas y Albert Morrison, en otro coche. Los cuatro fueron «gangsters» de la banda de Jack Melton.

—Eran ciudadanos normalizados. Y cada día ocurren accidentes como el de la cantera, y también hay quien mata a un antiguo compañero, por cuestión de intereses.

—De la banda de Melton, sólo quedan éste y un tal Paolo Zucco.

—Jack Melton se marchó de los Estados allá por el año 30, a residir en Inglaterra, y desde entonces no se ha sabido de él, ni para bien ni para mal. En cuanto a Paolo Zucco, tiene una tintorería en Evanston y es «bookmaker» tolerado. ¿Qué insinúa, Roberts?

—Que si Zucco muriera violentamente, sería mucha coincidencia, señor.

—Si ha de complacerle, Roberts, puedo destinarle una temporada a Evanston.

—Se lo agradecería mucho, señor. Me gustaría comprobar que es sólo mi imaginación la que me hace recelar incomprensibles relaciones entre los accidentes mortales y lógicos, y el asesinato también lógico, y la banda de Jack Melton.

En su nuevo destino, el agente John Roberts estableció una

obstinada vigilancia sobre la tintorería y los pasos de Paolo Zucco. Efectuaba sus comidas en un restaurante italiano frente a la tintorería, y dormía en una habitación, desde cuya ventana dominaba la calle «Emmanuele».

Paolo Zucco tenía limpia su hoja penal, desde el año 1936.

* * *

Tres días después del accidente de la cantera, que hizo cerrar todos los accesos a los pinares de Bakerfield, un hombrecillo de cara de hurón, vestido con rebuscamiento, penetró en el «Concord».

Un viejo bailarín, ya retirado, que tenía una agencia artística, y contrataba atracciones. Hacía ya tres años que cobraba, además de los gastos ocasionados, un suelo mensual a cuenta de Gerry Masters.

Y había jurado discreción. Cobraba un sueldo mensual, para hacer simplemente la misma indagación en todas las agencias artísticas, primeramente de los Estados, y después de Inglaterra.

Deseaba encontrar el paradero de una muchacha de quince a dieciocho años aproximados, que recordará haber nacido en Chicago, haber residido en Londres, y llamarse Evangelina. Rubia, y de ojos azules.

Debía ser localizada en «la vida alegre».

El bailarín achacó a capricho senil de Gerry Masters aquel empeño en buscar a la tal Evangelina, de «vida alegre». Pensó que era seguramente alguna tanguista, que se marchó de Chicago, y por la que el «viejo juez» sintió más que una pasión fugaz.

Se encaminó rectamente al corredor de habitaciones particulares, porque a su entrada, Gerald Masters, súbitamente trémulo, le hizo señal de acudir.

Sólo podía deberse a una causa aquella visita, ya que no era fecha de cobro.

En el despacho, y tras cerrar la puerta, el perfumado sesentón, anunció:

—Creo que ya la tenemos, juez.

Se había serenado Masters. Indicó:

—Así me lo hace suponer tu visita, Bobby.

—En el «Soxers», un cabaretucho de marineros de Vancouver había una muchacha exacta a tu descripción. Vine volando. Debe

estar loca de asombro en el avión, al releer el contrato para el «Merry Hall», que firmará en mi agencia, que le paga el viaje y una prima. He actuado bien y deprisa, juez. La he citado para mañana, a las nueve en mi agencia. Se llama Lina Smith, es rubia, de ojos azules, confiesa no saber exactamente si tiene diecisiete o dieciocho, pero tiene licencia de actuación legal, como bailarina del montón. Sabe que nació en Chicago, no constando los nombres de sus padres, y que a los pocos años, fué a Londres con unos desconocidos, que no recuerda porque era muy niña, y que a los doce… ¿Le pasa algo, juez?

—Mañana a las nueve, yo estaré en la agencia, a solas, para recibirla, Bobby. Ella debe creer que yo soy Bobby.

—¡Naturalmente, juez, no faltaría más!

—Toma este cheque por las molestias.

Al leer la cifra, el agente artístico casi Hizo una genuflexión. Y en la calle, meditó que la pasión del juez Gerry por aquella bailarina del montón debía ser incendiaria, porque un hombre tan sereno y conocedor del mundo, sólo podía perder los estribos por el «acido limón», que así calificaba él, prudentemente, a las jovencitas.

* * *

A las nueve de la mañana, en el despacho de paredes repletas de fotografías, Gerald Masters trataba de dominar su íntima desazón.

La niña de cuatro años, imagen de candor, podía haberse convertido en áspera y endurecida mujer, amargada, víctima de una venganza incomprensible del desconocido Jack Melton.

Tocaron en la puerta, y abrió Bobby, para ceder paso a una mujer, y volver a cerrar.

Tras la mesa, Gerald Masters procuró no exteriorizar su estado de ánimo.

Veía una muchacha marcada por el estigma del vicio, aunque en su vulgaridad era bonita. Vestía de punto gris, demostrando que estaba orgullosa de su línea. Unos zapatos de altísimo tacón, negros, con tiras tobilleras.

Cubría su larga melena rubia con una boina negra de terciopelo, en la que se atravesaba una pluma roja.

Las pupilas azules tenían frialdad de cálculo, en las ojeras

acentuadas por el maquillaje. La cara demacrada, quedaba aún más blanca, al resaltar la ancha herida roja del carmesí labial.

Permaneció a unos cinco pasos, los reglamentarios, del que tenía, por su profesión, que valorar sus cualidades físicas antes que las artísticas.

Saludó con voz levemente ronca:

—Buenos días, señor. He sido puntual, y lo soy siempre, pero más ahora, que estoy rabiando por saber si no ha habido equivocación. Parece que está usted interesado en contratarme por todo lo alto. Viaje en avión, y quinientos dólares como bagaje, me parecen todavía un cuento.

Una inmensa pena invadía al que recordaba la niña sonrosada, gentilmente traviesa. No podía encontrar palabras. Ella prosiguió:

—Tocante a línea, valgo, y usted lo aprecia, aunque si me lo permite, le diré que los hombres al mirarme, lo hacen de otro modo. Vaya, usted, ya me comprende, ¿no, Bobby? Es gracioso, pero me lo figuré muy distinto, picarón y con salero. Bueno, al menos dígame qué le parezco y no me mire tanto a los ojos.

Inició ella el ademán acostumbrado en las agencias que contrataban coristas. Iba a alzar su falda cuando Gerald Masters, invitó:

—Siéntese. Tengo que hacerle unas preguntas.

—Bueno, pues vamos a ello.

Vino ella a sentarse, cruzando las piernas. Olía a perfume intensamente dulzón…

Gerald Masters, hasta aquel momento no llegó a aquilatar todo el contenido de la palabra «odio». Odio hacia el desconocido Melton, que por una venganza incomprensible, había convertido en «aquello» a la niña sonrosada y cariñosa…

—Permitirás que te tutee.

—Estaremos más cómodos, Bobby —rió ella encendiendo un cigarrillo, con ademanes que compendiaban su entender de la vampiresa.

—¿Dónde naciste?

—En esta ciudad, hará sus buenos dieciocho años, aunque en el trabajo me echo veinte.

—Debes recordar tu infancia, ¿no?

Ella no ocultó su asombro, mientras exhalaba una bocanada de

humo, que le hizo guiñar un ojo.

—Bien… Tiene usted derecho a ser caprichoso, pero vaya, no creo que me haya pagado el avión y un anticipo de quinientos, para que le cuente cómo me ponían el babero.

—Trata de recordar cuando tenías cuatro años, Lina.

—¡Cáscaras! He descorchado muchos frascos desde entonces. Me criaba una mujer, eso sí lo recuerdo. No era mala, no…

—«Mum»… —musitó roncamente Masters.

Lina Smith volvió a guiñar un ojo, asombrada. Cloqueó riendo:

—¿«Mum»? ¿Es asma o un piropo, Bobby?

—La mujer que te crió, ¿no se llamaba así?

—Ya no recuerdo.

—¿Era una ciudad llamada Joliet, no?

—Ni hablar. Era una pocilga de la calle catorce, o quince, por aquí. Cuando ella murió, y creo, que fué porque prefería beber a comer, y no agua precisamente, vinieron a buscarme unos fulanos muy estirados. Parientes lejanos, que me llevaron a Londres.

—Por cuenta de un tal Gerry a lo mejor, ¿no?

—Gerry es un nombrecito que me gusta, pero no me dijeron nada de Gerry. Los parientes lejanos tenían una posada en el puerto de Londres, un barrio llamado Limehouse. Venga a fregar suelos, hasta que a los doce, me cansé, y me dio por el baile. Una agencia de muy mala categoría…

—Lina… Pero tu nombre entero es Evangelina.

—Vaya… Otro nombrecito precioso, que voy a explotar. Evangelina… Sí, da idea de nena cortando lirios. No, Bobby. Mi nombre entero me lo guardo, porque es del tipo criminal. Bueno, usted paga. No sé a quién se le ocurrió darme por nombre Proserpina, y yo apenas tuve uso de razón, y lo tuve pronto, grité por todos lados Lina, y si alguien al ponerse, tierno, quiere saber el nombre entero, le digo que es Adelina. Bueno, pregunta usted más que un guardia.

Un repentino alivió liberó a Gerald Masters de su tortura mental desde que había aparecido Lina Smith. Comentó:

—Ha sido un error mío, Lina.

—¡Oiga, oiga! —Y dió ella una palmada en el bolso, crispando los labios y avinagrada la cara—. Si usted está «majareta», yo no tengo la culpa. Estaría bueno que me meta yo en un avión, con la

poca gracia que me hace el trasto ése, que venga aquí echando chispas de alegría, y que ahora, usted me diga que se ha equivocado, y que contrataba a la Betty Gable. Yo no suelto los quinientos, porque los firmé como anticipo de contrato.

—Y muy tuyos son, Lina. Ya sé que no vas a comprenderme, pero pensando en Evangelina, que por un instante, creí que eras tú, no quiero que te vayas con mal humor. Te firmaré un cheque por las molestias, y quedas libre de volver a Vancouver, o seguir aquí.

Ella miró la pluma que escribía en la hojilla. Se pasó la lengua por los labios, sin preocuparse del maquillaje. Tendió la diestra flaca, como una garra, de uñas sangrientas en laca escarlata.

—¡Mil dólares, jefe! ¡Cáscaras! Lástima que no sea yo su Evangelina, Bobby. Pero bueno, con un poco de imaginación…

—Vete, Lina. Ya te he visto bastante. Suerte.

Había algo impresionante en la severa expresión de Masters, y Lina Smith efectuó una retirada muy a su estilo. Un contoneo que le valía comentarios aprobatorios…

Pero Gerald Masters cerraba los ojos, pensando que Evangelina no podía haberse convertido en nada semejante a la pobre desgraciada que acababa de irse.

En la antesala, Lina Smith se aproximó al legítimo Bobby:

—Oye, monicaco. Tu patrón está para que lo amarren. Me ha dado un cheque y ni siquiera ha intentado el truco de aproximación. Se ve que está loco perdido por su Evangelina.

—Allá él con su locura. ¿Te hace un contrato para el «Green Sailor»?

—Aparta, pringoso. Voy a tomarme un mes de vacaciones, y cuando las termine, si no he cazado mi pieza, ya vendré a ver qué tal sigue Bobby, o a llevarle manzanas al manicomio. ¡Cáscaras! Salgo pitando antes que se arrepienta y telefonee al Banco.

—No te asustes, bombón. El cheque lo cobrarás.

Bobby entró en su despacho.

—Lo siento, juez. Todo parecía indicar que era Evangelina.

—Sigue con la búsqueda, pero que detallen más. El nombre completo, y si residió en Joliet. Si vuelve esta infeliz por aquí, contrátala, pero que no sepa quien soy.

—De acuerdo, juez.

En su alcoba, Gerald Masters consultó el índice de profesiones

de Evanston, anotando la dirección de Paolo Zucco, el único superviviente de la banda de Jack Melton. Su lugarteniente. Uno que podía informar bien…

Pero tenía que dejar pasar unos días, semanas. Cabía que cualquier policía aburrido, en las horas de servicio de guardia, empezara a meditar en las muertes de Talbot, Williams, Douglas y Morrison, cuatro antiguos componentes de la banda de Jack Melton.

Dos noches después, la Prensa amarilla, destacaba una noticia sensacional:

«Kirk Miller, el Famoso “DALIAS”, SE Evade de la Penitenciaria de Marion»

CAPÍTULO V

El «Concord» estaba ya desierto, y el cajero, tras entregar la hoja de liquidaciones, se despidió.

Gerald Masters cerró la puerta metálica, y fué apagando las luces. Iba ya a apagar la central, antes de penetrar en el corredor de sus habitaciones, cuando llamaron con insistencia en la puerta.

No era un bebedor sediento. Una llamada perentoria, de quien sabe que acudirán, porque tiene autoridad para llamar a cualquier hora.

Fué Masters a abrir la portezuela lateral.

Un desconocido entró, y fuera quedaron otros dos. Mostró un carnet:

—Inspector Adams.

Había desprecio en su mirada y en su voz. Y expuso la razón:

—Usted se ha creado un renombre poco digno entre los delincuentes, Masters. No le hemos cogido en ninguna acción punible, pero no ignorará que disfruta de pocas simpatías entre nosotros. Fué usted uno de los nuestros, y se degradó.

—Una hora un poco intempestiva para sermones, inspector.

—¡De acuerdo! ¿Ha leído usted la Prensa de esta noche?

—Echo siempre un vistazo cenando.

—Kirk Miller se ha escapado.

—He leído muy por encima este asunto.

—Usted, cuando todavía era un hombre decente envió a Miller a la cárcel, y liquidó legalmente a tres de sus pistoleros.

—Historia antigua, inspector Adams.

—Lo será para quien como usted… Bien, no es historia antigua para Kirk Miller. Tratará de averiguar qué ha sido de usted, aunque en las cárceles hay buen servicio informativo. No me interesa

proteger su vida, Masters, como capturar a Miller, que fatalmente más tarde o más temprano, vendrá a por usted. De momento, las huellas señalan que el coche en que huyó, remontó hacia la frontera canadiense. Es indudable que le facilitó la fuga un abogado, que parecía ya alejado de toda ilegalidad. Un tal Frederick Linkers. Está ausente del Estado, y el coche era de su propiedad. Me envía el comisario, para decirte que tiene usted derecho a dos agentes de escolta.

—Un derecho al que renuncio con el mismo placer que ellos dos renunciarán.

—Hay otras vidas más valiosas que proteger. Se mantendrá una vigilancia por los alrededores, porque Miller tiene la psicología muy definida, y algún día vendrá a liquidarle. Creo que tiene usted licencia para uso de arma corta. No he podido comprender cómo la posee, pero así es.

No podía explicar, ni quería, Gerald Masters, que constaba en nómina muy privada, como «funcionario» estatal, con actuaciones muy espaciadas en madrugadas de jueves.

—Si puede usarla antes que Miller, será ventajoso para usted. Es preferible que todas las noches, al cerrar el local, compruebe los cerrojos, y tanto mejor si instala aparato de alarma. Buenas noches, Masters.

Sin replicar, Gerald Masters acompañó hasta la portezuela al inspector, cerrando al salir éste. Se dirigió al corredor, tras apagar la luz central.

De la cabina telefónica que hacía esquina. Una voz surgió amable:

—Hola, Gerry.

Gerald Masters contrajo el cuello… A su espalda, la misma voz risueña, incisiva, pero cordial, añadió:

—Dieciséis años y tres meses, con ocho días, desde que te vi por última vez, Gerry. Has cambiado mucho… Asombroso. El ínclito Gerry, el juez del hampa, el pistolero legal, desapreciado por un inspectorcillo de la nueva generación.

Gerald Masters mantenía las manos a media altura ante el pecho. No miraba atrás. Reconocía perfectamente la voz.

Casi en su nuca, la voz de Kirk Miller, «Dalias», prosiguió:

—Historia antigua, como has dicho muy bien, Gerry. Pero

recuerdo el truco del sombrero que arrojaste a la cama, y de donde sacaste la herramienta que mandó al infierno a mis dos amigos.

—No llevo arma alguna, Miller.

—Levanta las manos muy abiertas, y colócalas sobre la pared. Abre las piernas, separando las puntas medio metro poco más o menos, de la pared. Una postura excelente para cachear. La aprendí en Marion.

Gerald Masters atendió la indicación. La diestra de Kirk Miller recorrió con habilidad el cuerpo inclinado.

—Tenemos que hablar larga y calmosamente, Gerry. Pero sin trucos, sin juegos de manos, Gerry.

—Estamos a solas, y aquella puerta conduce a mis habitaciones.

—Echa a andar, sin encender luz, hasta que a tus espaldas, cierre yo. Y lo que te hinco en los riñones es una «Luger». No quieras comprobar si es el tubo de una pipa, o mi índice. Saldríamos perdiendo.

Gerald Masters, poco después, encendió la luz, porque, casi pegado a su espalda, Kirk Miller cerraba la puerta de un empujón suave, con el pie.

—Al sillón del centro, y le das vuelta, para que nos veamos, Gerry.

Gerald Masters fué al centro, y dió vuelta al sillón, sentándose. Miró entonces hacia la puerta.

Un sonriente rubio cenizoso, con sombrero negro, echado hacia atrás y gabardina azul cerrada hasta el cuello, apretado el cinto. Pantalón gris y zapatos marrones de suela de crepé.

No había cambiado mucho en su aspecto físico Kirk Miller. Quizá estuviera algo más flaco, más marcadas las comisuras de los labios, y arrugados los párpados.

Pero la simpática luz azul en los ojos rientes, y la irónica sonrisa en los labios, complementada por el hoyuelo de la barbilla, seguían igual.

—La cárcel conserva bien, Gerry, si es lo que piensas. En cambio, tú, pareces el doble de tu edad.

Las dos manos hundidas en los bolsillos de la gabardina, avanzó Miller dos pasos, para sentarse sobre una mesita.

—Hay algo que parece inquietarte, Gerry.

—Pensé que tardarías más en venir a visitarme, Miller.

—Aquí está el golpe de vista de los veteranos, Gerry. Me ayudó Linkers. Lo recordarás. Es el abogado al que le diste un puntapié cuando vino a traerte de mi parte una caja de habanos. Lo preparó bien, pero en ello invertimos él y yo nuestros ahorros. Dicen que has prosperado mucho y que este local te produce millares.

—Unos cinco por mes, Miller.

—Excelente noticia. Linkers está ya bien escondido, y me esperará. Yo no te tengo mucho rencor, Gerry. En la cárcel uno medita mucho, ¿sabes? Entonces éramos jóvenes y arrebatados. Hoy tengo ya cuarenta y tres tacos de calendario, y fui reflexionando que si yo vine a cribarte, estabas en tu derecho en defenderte. Y no me tiraste a dar.

Sonrió ampliamente Miller, al añadir:

—Cuando supe que te habías librado, pasé unos días muy amargos. Pero poco a poco me consolé. Otro te pillaría. Oye, Gerry… tú nunca fuiste un cobarde, y ahora te veo temblón.

—James Donlevy.

—Mi buen compadre Jimmy. Sí, el que enviaste a la silla. ¿Qué pasa con Jimmy?

—No finjas que lo ignoras. Tú sabes, por Linkers, la rata astuta, por qué siempre estuve convencido que él anduvo en el envío de la criatura, que con diez mil dólares, recibí a la hija de Jimmy Donlevy.

—Error, Gerry. ¿Evangelina? —Y el «gángster» sonrió, aún más cordialmente—. Es mi hija.

Gerald Masters dilató los ojos, exclamando:

—¡No estabas casado, y en cambio Donlevy tenía una hija, me dijeron en el «Stars»!…

—Reflexiona un poco, Gerry. Yo nunca le tuve mucho respeto a la ley. Hubiera terminado por casarme, pero ella se murió dando a luz a Evangelina. No tenía por qué propagarlo a voces. Una nodriza se cuidó de Evangelina, pero pensé que era una asalariada, y cuando me visitó Linkers, para preguntarme qué decidía con respecto a la criatura, pensé en tu honradez. Si recibías diez mil en el paquetito de carne, te harías cargo de la chiquilla. Mira mis ojos. De un hermoso azul. Mi cabello, de un precioso oro, algo blanquecino ahora, pero muy dorado entonces. Dice Linkers que le perdió la pista a la niña, desde que en Joliet mataron a cierta

mujer…, precisamente a partir de la fecha en que iniciaste un cambio rotundo de tu vivir. En la cárcel se comentó tu cambio. Casi me indignó…

—¿A qué has venido, Miller?

—Eso después, Gerry. No te diré que soy un padre ansioso de abrazar a su queridísima hija, pero me voy haciendo viejo, y no me vendría mal tener a mi lado quien me cuide.

Cerrando los ojos, Gerald Masters empezó a evocar:

—Le cogí cariño a la niña que creí hija de Donlevy. Pensé que Linkers cumplía instrucciones tuyas, y que tú mandabas el dinero. Era muy propio de ti, porque le tenías afecto a Donlevy. La Nochebuena del 28, encontré a la que había sido mi nodriza, muerta de un culatazo. No había rastro de Evangelina, y solo, un papel en la cuna. Nada dije, y la versión oficial fué…

—La versión oficial me la comunicó Linkers, Gerry. Sigue.

—Achaqué la canallada a algún enemigo mío, y empecé por mi cuenta a indagar. No podía averiguar siguiendo en mi profesión, y en cambio podía ganarme la confianza del hampa, haciéndome uno más de ellos. Pasaban los años, y no obtenía pista, porque… nunca tuve rozamientos ni siquiera conocía a Jack Melton.

—Jack Melton era y sigue siendo un cerebral complicado. ¿No recuerdas a un inglés llamado Algernon Brook? Le apodaban «Cara de Bebé».

—Trabajaba solo, y asaltó la caja de un restaurante.

—Y tú le cogiste cuando intentaba repetir el golpe. No se dejó coger, y le abrochaste un chaleco de varias balas. Algernon Brook era un íntimo amigo de Jack Melton, Gerry. Ni era de su banda, ni en público se mostraban juntos.

—Ahora comprendo… Cuatro de la banda de Melton juraron que no le conocían, ni sabían el paradero de Evangelina.

—¿Le cogiste aprecio a la chiquilla, Gerry? En este melodrama enternecedor, Linkers aseguraba en sus visitas, que fué espaciando, que te volverías loco de melancolía. Claro, él y yo sabíamos lo que tus colegas ignoraban. A propósito, en la cárcel oí hablar de que Talbot…

—¡Tu hija, Miller! ¿Es que no te interesa saber lo que ha sido de ella?

—Lo sabremos y pronto. Pero ya te he dicho que Linkers y yo

acabamos con los fondos. Tú tienes dinero y yo tengo muy frescas noticias de Jack Melton.

—¿No te interesa saber lo que decía Melton?

—Supongo que te anunciaría que Evangelina, tu cariñito, pagaría tus muchas culpas de polizonte. Es propio de Melton; un cerebro sádico. Hoy, un honrado y rico terrateniente londinense, que al estallar la guerra, pudo trasladarse a Suiza. Un tipo listo. Se trasladó con sus fondos. El viaje a Suiza es muy caro, Gerry.

—Tu cinismo no me choca, Miller. Casi estoy por creer que no te importa volver a ver a Evangelina, sino tratar de quitarle los fondos que en Suiza posee Melton.

—Deben crisparle los nervios los lejanos ecos de las bombas. El caso es que ha conseguido trasladarse a sitio más asequible. Cuba. Has de comprender que mis sentimientos paternos no están muy despiertos, pero sí mis instintos de pundonor. Melton ha de pagarme esta sucia acción, aunque ignorase que Evangelina poseía el relativo privilegio de llevar mí sangre.

—Dime lo que te propones, Miller.

—Como te he dicho, es historia antigua lo nuestro. Tú has buscado afanosamente la pista de Evangelina, y yo puedo conducirte hasta Jack Melton, que, muy inteligente, ha cambiado de identidad. Se llama… Bien, te lo diré en Cuba. Debo añadir que confío en que tú sabrás proporcionarme un pasaje seguro. Puedes decir que te vas porque temes mi visita. En fin, a un veterano como tú, lecciones no le hacen falta.

—¿Sabes que Melton me hizo saber que depravaría a Evangelina?

—Lo pensé así, cuando la envió a Londres, donde ya pensaba retirarse de los negocios agitados. Pero Evangelina debe de haber heredado todo mi encanto. No me mires así, Gerry… Quiero decirte qué tanto en Londres, como en Suiza, como en Cuba, Melton, con sus nuevos nombres, lleve siempre consigo a la que todos creen, documentalmente, su hija. Sí, su hija que lleva por nombre el muy dulce de Evangelina. La trate en la intimidad como su hija o no, eso lo averiguaremos allá. ¿Hacemos pacto, Gerry?

—Melton… ha de pagarme lo que hizo. Aquí, en estas habitaciones, salvo yo, nadie entra. No guardo dinero aquí, Miller, por si pensaras irte solo a Cuba.

—Has perdido facultades, Gerry. Tu dinero no me bastaría. Además, tienes conmigo una paternidad compartida. Yo fui dos años un padre muy atareado, y tú otros dos, un padre concienzudo. Si vendes este negocio, podemos montar una asociación en otra comarca, allá por el Sur del continente, y no me opondré a que mimes a Evangelina. Cuando esta noche me colé en un armario de los lavabos, y esperé el momento del cierre, pensé que el momento duro sería cuando te colocara en la espalda la «Luger». No apreté el gatillo. Ya pasó el momento duro.

Gerald Masters se levantó, y hubo un rictus sarcástico en sus delgados labios al decir:

—Tienes mucha vida por delante, Kirk Miller. En cambio yo… estoy muy estropeado.

—Los abusos y la mala vida —rió Miller.

—O algún plomo mal colocado. Ya hablaremos también de esto. ¿Qué hay de Linkers?

—Se las compondrá para esperarnos en Cuba. Ya sabía que tú aceptarías el pacto. ¿Has pensado ya en el medio de sacarme de aquí?

—Hay un muchacho, boxeador, al que aprecio. Le diré que si vence a Kid Iron, nos podríamos dar una excursión deportiva por Centro América, y que he decidido vender este negocio, y dedicarme a ser su apoderado. La Prensa que lo propague. Me obedece en todo. Lo llevaré hasta Nueva York, sacándole pasaje para La Habana. Tú le sustituirás a bordo del avión, y él que vaya por otro conducto. Lo arreglaré de un modo convincente. Me urge… más que a ti verme ante Jack Melton, pero hemos de esperar que Robin Dalton tome una revancha de Kid Iron.

—Sea, viejo. Casi vamos a terminar, tu y yo, de socios.

—Ya lo somos ahora. No saldrás para nada de aquí.

—Superflua recomendación.

—Iré remitiendo mi dinero a un banco mejicano, desde el cual me será fácil hacerlo transferir donde sea. Este local no pienso venderlo, sino efectuar una supuesta venta en vida a nombre de Robin Dalton, Es un muchacho muy distinto a nosotros dos, Miller.

—Ya. Quieres decir que es un fulano decente. Por mí, eres muy libre de seguir sentimental. Lo que me importaba era asegurarme la llegada a La Habana, a seguro, y con dinero. Dos cosas que tú me

proporcionas, y a cambio de las cuales, podrás oír a Evangelina que recuerda muy bien a su papaíto Gerry, de Joliet. Pero, Jack Melton se cuida mucho, y es endiabladamente listo.

—Tú y yo lo somos también… desgraciadamente. Aunque en esta ocasión nos sea útil. Por si recibiera visita de antiguos colegas míos, no salgas nunca de mi alcoba. Yo dormiré aquí.

—En La Habana habremos de buscar un sitio tranquilo… Un campamento de entreno para tu protegido boxeador.

—Hasta allí, llevo el mando, Miller. Una vez tú en sitio seguro, entonces ya planearemos rescatar a Evangelina, y para ti los fondos de Melton, y para mí… ajusticiarle.

—Tienes arrebatos lúgubres, casi de verdugo… ¿Por qué respingas, Gerry? Es indudable que tienes la salud floja. No te vendrá mal un veraneo en la Perla de las Antillas. Voy a dormir. He tenido un día muy agitado. Buenas noches, Gerry. Felices sueños. Supongo que por allí se llega a tu alcoba.

En el despacho, a solas, Gerald Masters era, por fin, un hombre deslastrado de un horrible combate contra el tiempo. Ya no tenía que temer la implacable marcha del reloj. Pronto volvería a ver a Evangelina, y sabría hacer agonizar a Jack Melton.

Se palpó el hoyo, cicatriz del balazo de Kirk Miller. El impacto que, insidioso, fué creando tumor, que desarrolló en carcinoma… El cáncer que le roía, lenta pero inexorablemente.

CAPÍTULO VI

Robin Dalton dilató la cara satisfecho, al ver el cochecito gris, que esperaba a la salida del gimnasio.

—Buenos días, juez. Me alegra verle.

—Y yo a ti, hijo. Sube. ¿Qué te pasa?

—Oiga, una bobada… Pero es la primera vez que me llama usted así, y me ha sabido bien. ¿Dónde me lleva?

—Vamos a almorzar juntos. Tengo noticias de que estás espléndido de forma.

—Estoy de rechupete, y ayer mismo, nos tomamos un jugo de tomate Abraham y yo. Bueno, Abraham Benson es como se llama de veras Kid Iron. El caso es que el chico me vió hacer guantes, y dice que pasado mañana, por la noche, nos vamos a matar. Es un buen chico, pero yo me di cuenta aquella noche, que el derechazo en la quijada izquierda le sienta muy mal.

—He estado pensando que un cambio de aires me vendría muy bien, hijo. He pensado en ir a Cuba.

—Me va a doler perderle de vista, juez.

—No pienso irme si no vienes conmigo. Atiende con la boca cerrada. Si le ganas a Kid Iron te conviene hacerte con un cartel de combates por fuera. Yo me encargo de buscarte buenos contratos en La Habana, pero a condición de ganarle a Kid Iron. Te llevas contigo a Jeff, y le pago, como es natural, los gastos y un buen sueldo. Tengo confianza en ti, y puedes llegar lejos, y yo ganar dinero.

—Me duele decírselo, juez, pero usted me miente. Usted mismo me dijo que yo era un maleta que pararía en el hospital.

—Eres buen boxeador. No te miento en esto. Pero también es verdad que estoy cerca de un largo camino, y me conviene vayamos

a La Habana, y allí podré, por fin, explicártelo todo.

—Ya va la cosa mejor, juez. Le meteré mano a Abraham, vaya que sí.

La noche del combate, en su rincón, Kid Iron aceptó cordialmente el apretón de manos de su próximo contrincante.

—La sangre llegará al techo, Abe —rió eufórico Dalton.

—Procuraré que sea la tuya, Rob.

Jeffrey, el cuidador, miró con enojo a su pupilo.

—Estás muy seguro de ti, berzotas. Y a los que van tan seguros, les dan sesenta cuando esperan cuarenta.

—Pero mira como Abe está inquieto. Me ve con la tranquilidad del triunfador.

—Estás, muy fanfarrón, Rob. Por lo que más quieras, calma, y nada de confianza. El Kid sabe mucho. Y de este combate nos depende que el viejo Gerry nos lleve a Cuba, cosa conveniente para bregarte…

El primer «*round*» fué el propio entre dos que se conocen. Fintas intencionadas, y lo habitual en Kid Iron, que era capear los primeros asaltos a la contra.

Robin Dalton tenía su plan de batalla. Hacer como los demás adversarios que venció Abraham Benson. Pero fingiendo que creía que el punto débil de Iron era el hígado.

En el segundo asaltó, Benson logró conectar una serie limpia y veloz en los costados de Dalton, que se encogió, encajando. Iba a demostrar que tenía madera de campeón.

En otra serie como aquélla, Abraham Benson descubriría el rostro, y entonces venía el concentrar todo el impulso del cuerpo y hombro, sobre el puño que habría de machacar la quijada izquierda.

En el tercer asalto, Kid Iron volvió a la contra, alargando el compás de piernas, y tensos los brazos, para detener la busca del cuerpo a cuerpo contraria a los intereses de Robin Dalton.

Adivinó que su adversario quería volver a probar aquel derechazo que le hizo abandonar por distensión, pero que a él lo tuvo al bordé del «K. O.».

Terminó el asalto con los dos púgiles intercambiando golpes largos, pero poderosos.

Masajeando el estómago de Robin Dalton, Jeffrey fué

sermoneando:

—Te ha visto la intención. Se guarda el lado izquierdo de la cara. Me haces caso, o peleamos para siempre. Yo soy el que piensa, y tú el que ejecuta. En el cuarto, la otra vez, le diste un derechazo que lo dejó medio para el arrastre. ¿Dónde?

—En plena quijada.

—Pues, por eso mismo, vas a largarle dinamita al hígado, o reñimos para siempre. Júralo, Rob.

—Hombre, si pones esta cara de pena… Pero al quinto, yo…

—¡Segundos fuera!

Sonó el gongo, y Robin Dalton arrancó con su peculiar estilo. Dando la cara, y recibiendo, perseguía al hábil esgrimista, mirándole con fijeza la mandíbula izquierda.

El codo izquierdo de Kid Iron iba subiendo, y de pronto, Robin Dalton, que hasta entonces parecía buscar la cara, hincó con repentina precisión un corto y seco derechazo.

Kid Iron se ladeó, bajando la guardia. Robin Dalton conectó el gancho en la barbilla, y repitió el derechazo…

El árbitro lo apartó, y empezó la cuenta, mientras, como un potro nervioso, en su rincón, saltaba Dalton oyendo:

—… cinco… seis…

Se incorporó Benson arrodillándose.

—… Siete… ocho…

Kid Iron, en pie retrocedió hacia las cuerdas. El árbitro dió la señal de reanudar, pero ya Robin Dalton acudía velozmente.

Kid Iron se tambaleaba, y Dalton casi sintió pena. Le parecía abusar. Y de pronto, todo se nubló. Algo acababa de caerle sobre el cráneo, y en su estómago el espacio para respirar había desaparecido.

Despertó, porque en su oído, una voz furiosa increpaba:

—Te salvó el gongo, berzotas. En siete sonó, y el Kid te la dió con queso, haciéndose el groggy, si vuelves a confiarte, reñimos para siempre, Rob. Vigila, muchacho. Eres bueno, y le ganarás, pero tenemos que ir a La Habana, Rob. Es la gran ocasión…

Ya recuperado, hirviente de contenida indignación, gruñó Dalton:

—¡Qué tío más tramposo, el muy caimán!

—Segundos fuera. —Ordenó la radio.

Robin Dalton se olvidó de La Habana. Consideraba una deslealtad el «hacerse la víctima»… Algo semejante a sí, por ejemplo, el juez Gerry, en vez de ser un fuera de la ley, culto, por su propio esfuerzo, y vengándose de antiguos agravios, fuera un confidente de la policía o algo similar…

Salió en tromba, avanzando pese a los dos secos y precisos directos con que le acogió Iron. La galería demostró con estruendo su aprobación, al «estilo macho», con el cual Dalton, recibiendo sin pestañear, pegaba con rapidez y furioso ímpetu.

Percibió que el contorno de su adversario se desdibujaba y que la luz del foco, blanca y algodonosa, le invadía el cerebro. Pero siguió pegando con toda, su alma, hasta caer de rodillas.

No sabía que aquel huracán repentino, era el griterío del público, que veía cómo Kid Iron, tendido boca abajo, sin moverse, rozaba con su cabeza la puntera de las zapatillas de Robin Dalton que, con las dos rodillas en tierra, sentado sobre sus tacones, estaba también «groggy».

Y el árbitro dirigía en aspa los dos brazos, contando:

—… cuatro… cinco… seis…

El huracán arreció, porque Robin Dalton se ponía en pie, pegándose en los guantes, y susurrando una invitación, porque no veía nada claro:

—Anda, caimán, ataca ya, bandolero, aquí estoy, hipocritón…

Kid Iron oyó el número «diez», pero sin poder separarse de la lona. Robin Dalton tardó en comprender que aquellos abrazos estrujadores, eran el emocionado tributo de su «manager» Jeffrey.

Cuando le chorreó la esponja por el rostro tumefacto, sonrió feliz. Le ovacionaban con delirio, y en primera fila, veía a Gerald Masters hacerle señas aprobatorias con su bastón de puño plateado en forma de cabeza de lebrel.

En el vestuario, y reparándole los efectos del castigo adversario, Jeffrey, pletórico, anunció:

—Fuera espera Wilcox, para contratarte como profesional, Rob.

—Le he prometido al juez Gerry ir a La Habana, y allá vamos.

—Allá vamos. Es preferible que te sueltes un par de combates allá, y de regreso podrás pedir algo que quieras. Da categoría no aceptar enseguida. Le diré a Wilcox que nos vamos una temporada al «extranjero». Esto suena muy bien.

Robin Dalton aceptó complacido los elogios de muy numerosos visitantes, uno de los cuales le dijo que era un «Jack Dempsey» en embrión.

Cuando Dalton estuvo en el coche, junto a Gerald Masters, preguntó:

—Antes que nada, señor, ¿debí pegarle o fué mejor que fingiera no haber oído cuando un individuo me llamó Dempsey en embrión?

—Significaba que ibas camino de ser todo un as. He de pedirte que me prestes tus papeles, y que con Jeffrey, embarques desde Montreal, yendo en coche por la «franquicia» de Noewash, donde no te pedirán documentación. Si Jeffrey pregunta, dale la respuesta que quieras. En la escala de Nassau, nos reuniremos. Aquí te he apuntado el barco que debes tornar, y dónde nos reuniremos en Nassau, para seguir viaje juntos. ¿Todo claro, Rob?

—Todo claro, siempre, señor.

—Ya no me llamas «juez».

—Es para ser distinto a los demás, ¿sabe?

—Te llevas este coche, y lo dejas en Montreal, en un garaje que te he apuntado. Ya lo recogeremos a la vuelta. Embarcas mañana mismo.

—De acuerdo, señor. Todo saldrá como usted quiere.

Gerald Masters, cuando cerró el «Concord», y penetró en su despacho, encontró a Kirk Miller leyendo una revista cómica.

—Hola, Gerry. He oído la radio. Se ve que este muchacho vale.

—Mucho.

—Pero recibió también lo suyo.

—Lo cual favorece nuestro viaje. Cubrirás con maquillaje azul, esparadrapo y cera roja adhesiva, sitios de tu hermosa cara. A tas seis cogeremos el tren para Nueva York, y a bordo serás Robin Dalton. Como fuera hay siempre algún policía vigilando tu posible llegada, saldrás por donde voy a indicarte.

—Soy tu esclavo.

—Lo soy yo, desde que introduciste en mi existencia la sonrisa buena de una niña. Porque no tiene tu sonrisa, Kirk. Tú eres simpático, pero falsamente cordial, a veces tus ojos te delatan. Y por más que digas que en estos días y noches de forzosa convivencia me has tomado afecto, mientes. Siempre ves en mí al polizonte que detuvo a James Donlevy, y que pasaportó a tus dos ayudantes.

Rió casi con estridencia Kirk Miller.

—Recelos de tu antiguo oficio, Gerry. En el fondo, ya entonces me eras grato, aunque sentía que militases en el campo fácil.

—¿Fácil?

—Llevar pistola y poderla usar con aprobación entusiasta de la ley, es fácil. Lo difícil era lo mío, y aunque he pasado dieciséis años encerrado, no puedo ser tan injusto como para no recordar que sí me pescaron la dalia, fué porque pensaba colocártela sobre tu fiambre. Pero ya hemos quedado que eso es historia antigua, y que, ahora sólo tenemos un mismo objetivo común: hacérselas pagar a Melton, y que Evangelina vuelva a quien pertenece. Compréndelo, Gerry. Ya hoy, por lo que tengo oído, un tipo como yo, tiene pocas posibilidades, y quiero regenerarme.

—Que así sea. Vamos a preparar tu viaje. Llevaras los papeles de Robin Dalton.

—¿Es de fiar el chico?

—Tiene una lealtad poco corriente.

—¿Qué hay de Paolo Zucco?

—Te dije ya que en su día lo visitaré. Ahora lo que urge es terminar de una vez con mí pesadilla, y volver a ver a Evangelina… que me recordará, y… terminar, terminar…

—No seas fúnebre, Gerry. Hay momentos en que hablas como si tu vida pendiera de un frágil hilo. Estás envejecido, pero la sonrisa buena de mí hija te rejuvenecerá.

Una hora después, en el espejo, Kirk Miller aprobó:

—Es la cara cabal del que acaba de encajar en un *ring*. Y este abrigo me da las espaldas adecuadas. Vamos ya. También tengo prisa por llegar cuanto antes a La Habana.

No hubo contratiempos. Todo lo había prevenido Masters y treinta y seis horas después, desembarcaba en Nassau, donde el barco hacía una escala de cuatro horas.

Encontró a Robin Dalton en el lugar indicado. Ya aminorado el maquillaje, Kirk Miller parecía también un púgil con huellas de enconado combate.

—Éste es el muchacho, Kirk. Oro de ley.

—¿Del oficio? —inquirió Dalton estrechando la diestra del «gángster».

—Casi, casi, Robin —rió con campechanía Miller.

—Siguiendo lo que usted escribió, señor, Jeffrey ha ido ya a hacerse cargo de la casa que usted alquiló por agencia.

—Sube a bordo y espéranos allí, hijo. Toma este pasaje; todo en regla.

Se alejó el boxeador, y Gerald Masters expuso:

—Una advertencia, Kirk. Este muchacho nada sabe, ni nada ha de saber. Nos sirve de pantalla, porque la casa alquilada en el exterior, no suscitará recelos a nadie. Un boxeador que viene a efectuar unos combates, y puede pagarse un alojamiento ideal.

—Y salvo tú y yo, nadie sabrá que el fuera de combate será un tal Jack Melton, que hace tiempo se llama Malcolm Tresham. Sí, y tiene también una residencia tranquila, en Marianao.

CAPÍTULO VII

Marianao, el barrio residencial de La Habana, se escalonaba en chalets cara al mar, en muchos de los cuales moraban europeos, a los que la guerra había hecho emigrar, y que podían permitirse el dispendioso placer de disfrutar del agradable clima y por explosiones, oír sólo las de canoas rápidas, fuera bordos y embarcaciones de recreo.

Una red metálica, con frecuencia revisada, protegía determinadas playas, y la tenía también la que daba frente a la casa de propiedad de Malcolm Tresham.

Los tiburones merodeaban a veces muy cerca de la costa, y era natural que un distinguido caballero británico, tan amante de su hija Evangelina, no quisiera exponerla, en sus baños de mar, a perecer entre las fauces de un escualo.

También fué considerada muy natural la petición que, a poco de llegar, procedente de Suiza, y tras haber adquirido la casa de Marianao, verificó Malcolm Tresham.

Visitó primero al comisario del distrito. Un funcionario elegido por su amable diplomacia.

Malcolm Tresham, alto, membrudo y de rostro enérgico, tenía prestancia natural y daba la sensación de todo un «*gentleman*», por la sobriedad de su vestir.

—He deseado una privada entrevista con usted, señor comisario, porque además de cumplir con ello una cortesía, he de solicitar un favor.

—Le agradezco su atención, míster Tresham —replicó, en correcto «yanqui», el comisario cubano.

—¿Es posible en esta ciudad conseguir legalmente la protección de tres individuos decididos?

—Para eso nos paga el contribuyente, míster Tresham. Y en la protección quedan también incluidos los súbditos de otras naciones.

—Mi riesgo no es de orden inminente, ni siquiera puedo determinar de dónde procede. Pero ya en Londres, y después en Suiza, hice proteger a mi hija Evangelina por la constante vigilancia, discreta, desde luego, de dos detectives privados, Un tercer colega conducía como chofer su coche. No pude traérmelos de Suiza, porque no les gustaba el viaje a esta maravillosa isla.

—Si pudiera insinuarme la clase de riesgo que usted teme, míster Tresham, podría recomendarle mejor la protección que solicita.

—Hace bastantes años, siendo aún mi hija una criatura, fué raptada. La recuperé dos años después. Por entonces, y debido a mis negocios, residía yo en Norteamérica. Han pasado muchos años, y sin embargo, nunca podré olvidar aquello. Estamos en otros tiempos, y el secuestro es raro, pero la obsesión es en mí permanente.

—Muy natural, y también reconozco que para ese empleo, no puedo recomendarle policías oficiales. Sin embargo, existen aquí algunos detectives privados, de nacionalidad norteamericana. Acuden esposas de ricos negociantes y sus joyas han tentado mucho. Hay algunos especializados en proteger a damas, y que puedo garantizar sirven tanto para apartar un ratero, como para emplear prudentemente, pero eficazmente, la misma arma que empleen. Y además, hombres ya fuera del peligro de enamorarse de sus propias clientes. Si tiene la bondad, esta misma tarde convocaré aquí a tres seleccionados privados, de antecedentes inmejorables.

Y así fue como, también en La Habana, Evangelina Tresham tuvo por chofer, y por lejanos, pero perspicaces acompañantes, a tres «pistoleros al servicio de la ley».

* * *

Kirk Miller, tras haber recorrido los pinares y las dependencias de la casa, en el poblado de La Socapa, casi un barrio de la capital, dió su opinión:

—Elegida a mecida de nuestros deseos, Gerry. Tu protegido boxeador y su cuidador, están de perlas en el pabellón, y aquí

nosotros estaremos a cubierto de indiscreciones. Espero que no seas cáustico con Freddy Linkers.

—Fué un picapleitos asqueroso, y seguirá siendo una rata de cloaca, vieja en años y granujería. Pero es elemento necesario.

—Te darás cuenta de que él sabe enterarse de todo. Y también considera historia antigua aquel puntapié en el trasero que le largaste. Aceptará encantado tu hospitalidad.

—Que cuanto menos se prolongue mejor.

Al segundo día de estar en la aislada mansión, y haber ya publicado la prensa deportiva que el ganador del cinturón del campeonato de Chicago, tenía su «cuartel general» en La Socapa, el ex abogado Frederick Linkers hizo su aparición en el salón del segundo piso.

Grueso, con papada, calvo y de mirada astuta, Frederick Linkers miró por unos instantes con maligna intención al que, desde el ventanal, contemplaba el «*footing*» que, con grueso jersey y pantalón corto, verificaba Robin Dalton por entre los pinares.

Kirk Miller, sentado, dijo con banal ironía.

—Por sí no se conocen, tras el tiempo transcurrido, les presentaré. El señor Masters, inquilino propietario y anfitrión; el señor Linkers, gloria del foro.

Girando sobre sus tacones, Gerald Masters fué a sentarse, manifestando:

—Sólo te conozco una cualidad, Linkers, y es tu fiel devoción a Kirk Miller. Cualidad que al coincidir con un deseo mío de muchos años, nos hace volvernos a ver. Y al igual que Miller me soporta y tolera, a los dos os soporto y tolero, sin más.

Frederick Linkers no rió como hacía Miller, sino que adoptó el tono de su carrera.

—La sinceridad nunca ofende si es bien intencionada, Gerry. Te habrá dicho Kirk que una vez recupere a su hija…

—Un momento —atajó Masters, empleando su negro bastón de puño de plata como un maestro deteniendo el recital disonante de un discípulo—. No aludas a sentimientos, puesto que el mismo Kirk, que no me desmentirá, lo que pretende es obtener cien años de perdón.

—De acuerdo en que mi asesorado amigo, ha de resarcirse de modo material de la mala acción del que fué Jack Melton y es hoy

un respetable y adinerado Malcolm Tresham. Fuiste, en cierto modo, un segundo padre para Evangelina, hasta que Melton se comportó indignamente.

—En esta ocasión admito que tienes fundamento en opinar sobre la indignidad ajena, Linkers. Vamos a lo práctico. Yo quiero volver a ver, libre de decidir sobre su destino, a Evangelina, y Kirk desea vaciar los cofres del que ahora se llama Tresham, cuyo cuerpo yo vaciaré de vida, ya que alma nunca tuvo. Demuestra tu capacidad.

—Malcolm Tresham reside en un chalet playero de Marianao. Tres guardaespaldas protegen constantemente los pasos de Eva, que es como la llama Tresham, o Melton, como prefieras.

—Tresham, para entendernos mejor. ¿Sabes, el motivo convincente que expone Tresham para mantener a tres guardaespaldas?

—Te haré primero un resumen del cambio que sufrió psicológicamente Tresham cuando aun era Melton. Le sucedió algo parecido a ti, Gerry. La niña que pensaba convertir en mujerzuela, o emplearla con fines de lucro, o tal vez convertiría en su fugaz pasatiempo, se fué apoderando de algo parecido a sentimientos que debía de mantener muy escondidos. Como tú, Gerry. Se encaprichó de Evangelina.

—No seas idiota, Freddy —corrigió sonriente Miller. Estás tan endurecido a nobles impulsos, que tu léxico falla al aludir a ellos. Gerry sintió nacer su instinto paternal ante la buena sonrisa de mi hija. Y en cuanto al canalla de Melton, sucumbió al encanto de mi hija, y se fué sintiendo padrazo.

—Y en efecto, es un padre verdaderamente encariñado con Eva. Le sirve de pretexto para mantener tres guardianes, por si algún día apareciera Gerald Masters, que por fin hubiera averiguado quién escribió aquella nota de Nochebuena. El ignora que es la hija de Miller, y tampoco debe de saber que estás obsesionado con recuperarla, Gerry.

—Bien. Pasemos a los hechos. ¿Tienes plano de su casa?

—No. La agencia que le vendió la finca, podría avisarle si yo pedía un plano, o sobornaba algún delineante.

—Es casi seguro que habrá colocado aparatos de alarma. Tú podrías entrar en la casa, Linkers.

—Me podría él reconocer, al igual que a Kirk.

Kirk Miller bostezó, levantándose.

—Los sentimientos refrenados durante años, y la cercanía de su renovación, te hacen ser poco psicólogo ahora, Gerry. Tienes un auxiliar ideal en Robin. Un guapo atleta, que por todos sus musculados poros respira lealtad y retrasada inteligencia. Ni el padre más receloso sería suspicaz ante un honrado brutote como Robin. Éste hace lo que le dices. Busca el medio de que conozca a Eva. Hay el truco del camorrista… En fin, tú diriges la operación de preparar el terreno, Gerry. Y tú, Freddy, puedes preparar, el programa más o menos aproximado de salidas de Eva, sola o con su postizo papaíto. Si Robin logra meterse en la casa de Melton, entraremos también nosotros, porque abordar en la calle y resolver definitivamente la suerte final de Melton, echaría por tierra tantos preparativos. Cabe también que vengan aquí, aunque sea con los tres abortos de polizonte. Del modo que sea, creo que Robin Dalton es el elemento de abordaje normal. Después, entraremos en acción, en el momento más adecuado. ¿Voy bien, Gerry?

—Sí. Hablaré con Robin. En cuanto a ti, Linkers, no ignorarás que hoy existe un organismo llamado

F. B. I.,

con sucursales en el extranjero. Tus señas deben constar en la isla, aunque te crean por Canadá.

—Nado y guardo la ropa, Gerry. Las últimas huellas sobre las que husmean los federales, me localizan en un área de quinientas millas cuadradas, por las factorías peleteras del centro de Canadá. Aquí tengo unas notas acerca de los sitios que ayer frecuentó Eva Tresham.

—¿No te dije que era un talento ese hurón de Freddy?

* * *

Robin Dalton terminó su sesión de guantes con los tres diferentes pesos; un mulato ligero, un negro medio pesado, y un blanco que pesaba noventa kilos, y había sido una figura en el *ring*, antes de retirarse por su desmedida afición al espíritu de alcohol.

Después de ducharse, pasó a devorar con ansia, y masticar concienzudamente, escuchando los consejos técnicos y de toda clase de Jeffrey.

Los tres «*sparring*» llegaban a las ocho de la mañana, y regresaban a sus domicilios, a las tres de la tarde, después de haberse confortado gratuitamente en la misma mesa de Robin Dalton, y percibir su diaria paga por encajar y hacer «trabajar» al que iba a pasarse al campo profesional.

Jeffrey anunció al levantarse de la mesa:

—Me voy con estos chicos a dar un paseo por la capital. Tú, a dormir la siesta. A las seis te vienes al «Coca Cola», y nos iremos al cine.

Robin Dalton se quitaba el albornoz, disponiéndose a tenderse para una siesta que no necesitaba, cuando entró en el pabellón Gerald Masters.

—Hombre, viene usted de perilla, porque me aburre estar boca arriba, contando las moscas. Dice Jeffrey que eso es sano, pero él se va a tomar café en un teatrucho donde bailan la rumba… Bueno, usted habla, señor.

—¿Tienes un gran interés en conocer a Eva Tresham?

—Un enorme interés. ¿Y quién es esta damisela? —rió Dalton.

—Ella es… el fin de catorce años de sufrimiento, Rob. No tardarás en saber por qué me obedeces.

—Lo sé hace tiempo. Lo hago porque sé que usted lleva un buen propósito. O sea que yo tengo un enorme interés por conocer a Eva.

—Tanto es así, que si te descubrieran el truco, no lo negarás. Vas a darle cien dólares a Ramiro Márquez.

—Y se desmaya con todos sus noventa kilazos. Se me antoja que Ramirín no ha visto cien dólares juntos más que en película.

—Emplearéis el truco del borracho impertinente.

—Hombre, eso del borracho le sienta a Ramirín.

—Eva Tresham tiene la costumbre de ir a tomar té y escuchar buena música al «Almandares Club». Los dos hombres que la escoltan, la esperan en su coche, junto al chofer. He citado a Ramiro Márquez, para que venga a verte y hablar contigo antes de que os vayáis al «Almandares».

—Ya. Pero no entiendo ni papa, señor.

—Márquez y tú podéis efectuar, una pelea sincera, del modo siguiente…

* * *

A las cuatro y media, Ramiro Márquez, el cubano que había brillado por la dureza de su pegada y también por la férrea constitución de su cabeza, vino a sentarse sobre el reborde de la balaustrada en la terraza del pabellón.



Al verle mover los brazos debí adivinar…

—Hola, Bob. Tú tienes que explicarme por qué tu apoderado me ha dicho que viniera a verte, con mi mejor traje. Éste es el mejor.

Estoy bien, ¿verdad?

—Estás superior, Ramirín. Oye, prepárate a encajar, un mazazo en plena calabaza. ¿Qué tal si te diera diez dólares? —insinuó Dalton, preparando la noticia como el médico que con rodeos cuida de los servicios ajenos.

Ramiro Márquez, se pasó la lengua por los labios. Cuando sonreía tenía una gran semejanza con un oso disponiéndose a morder.

—Diez dólares son diez dólares —replicó convencido—. ¿Y qué tengo que hacer?

—Vamos andando hacia la ciudad, y te iré explicando. Ante todo hay que ser discreto. Es decir, tomar la cosa en serio.

—¿Qué cosa?

—Yo quiero conocer a una chica que va a tomar té.

—Mira, Robin, tú me has sido simpático, porque no tienes malas ideas. Mira lo que te haces. Estas chicas remilgadas que toman té son mala cosa. A mí dame tú una buena cocinera que sepa remojar con jugo de uva un buen almuerzo, y no hay complicaciones. Estas que toman té traen disgustos. Cuando estuve en tu tierra, dándoles brea a cuantos me ponían delante, hubo una que tomaba té que quiso que yo la divirtiera. Bueno, estaba como una cabra, y me trajo loco.

—Tú me traes loco con todo este lío. El té es porque esta chica va al «Almandares Club».

—Peor que peor. En este perfumado local, lo qué pasa…

—Estoy hablando yo, Ramirín. ¿Quieres ganarte cincuenta dólares?

—¡Ay qué bien! Oye, cincuenta dólares son muchos.

—Eso digo yo. Al grano. Entras en el «Almandares». Bueno, entras… ¿o es que te han echado alguna vez de allí?

—Nunca entré. Yo no me hago con esta gentuza. Pero por cincuenta dólares y por ti, tomo té si es preciso.

—Entras, y buscas con la mirada a una chica de cabellos rubios, ojos azules, y que tiene siempre una mesita reservada, junto a unas columnas doradas que están en la sala de música, a la derecha de los que rascan el violín.

—Ya estoy dentro.

—Hay también un mostrador. Pides un doble de ron, y te

enjuagas bien la boca.

—Esto es la gloria.

—Te lo soplas, y te diriges hacia la chica de ojos azules y cabello rubio. Oye, una sola cosa, ¿eh? Se trata de que la veas bien. Te llegas y le dices algo grosero. Hablas un inglés de cargador de puerto, y estarás muy apropiado.

—¿Qué le digo?

—Yo creo que no quedaría mal que, haciéndote el castigador, le digas por ejemplo: «Oiga, chata, ¿vamos a mover los piecitos?

—¿Es chata? —preguntó, intrigado, Márquez.

—¡Yo qué sé si es chata o narigona! Pero es que así estás grosero, ¿comprendes, borrico?

—Se aclara la cosa. Voy y le digo: «Oye, chata, ¿vamos a darle al betún?».

—Magnífico. Entonces, yo que estoy por allí, me acerco y te digo: «A escampar, Ramiro, y no molestes a la señorita».

—Hombre, esto es un follón. ¿Conque quieres que la llame chata, y ahora te metes a protestar?

Suspiró Robin Dalton. Andaban los dos por la larga avenida que unía el barrio exterior de la ciudad.

—Tenemos aún media hora de camino y una hora para la cosa, o sea, que espero acabarás por entenderlo. Yo quiero conocer a esta chica, y el mejor modo es hacer el guapo. Tú, haciéndote el borracho, me sirves de introductor, o sea de presentador, porque cuando yo te arree castaña, ya habrá medio de hablar con la chica.

—¿Castaña y todo?

—Me atizas un directo al estómago, que yo esquivo, y te arreo un gancho que tú encajas, sacudiéndome un jab al rostro, que yo encajo, y te largo un corto en la barbilla. Abres los brazos, y como ya habrán llegado camareros, te vas diciendo más o menos; «Ya volveremos a vernos, valiente». Entonces, la chica me felicita, y ya está. Te has ganado cien dólares.

—¡Ay que me va a dar el patatús!

—Te ha de dar dentro de una horita en el «Almandares». Te repetiré la cosa para que se te incruste en el cerebelo, que es la parte del seso con la que pensamos. Tú…

* * *

Evangelina Tresham se deleitaba oyendo la buena interpretación de una rapsodia de Rachmaninoff. Su cabello rubio obscuro enmarcaba el rostro que Malcolm Tresham definía como «prodigio de candor malicioso», donde los espléndidos ojos azules, tenían fulgor de adolescencia ilusionada.

En la amplia sala, otros amantes de la música escuchaban con deleite. Los del sexo masculino también miraban con deleite a Eva Tresham…

Al lado izquierdo de la sala había un mostrador, en el que tras apurar a sorbitos golosos su copa de ron, Ramiro Márquez, murmuró:

—¿Cuándo van a acabar con esta murga?

El barman interpelado, al ver que en el platillo de pago había una generosa propina, un tema muy discutido por Márquez, pero que Dalton le hizo aceptar, informó obsequioso, en voz baja:

—Es la Rapsodia de Rachmaninoff.

—Lo que me decía yo. ¿Qué se puede esperar de unos nombrecitos así? A mí que me den, el son «Cimbréate, Dorita». Eso es música, y lo demás, cuento.

Robin Dalton acababa de aparecer, y la orquesta escuchó aplausos distinguidos, pero aprobatorios.

Era el momento de actuar. Ramiro Márquez se dirigió rectamente a la mesa señalada, y masculló en su yanqui no aprendido en universidad:

—¿Qué tal, chata? Vamos a darnos un bailoteo a modo, ¿no, chata?

Evangelina Tresham, asustada al principio, no pudo impedirse el reír. La grosería de aquel individuo corpulento, después de oír melódicos arpegios, le parecía cómica.

La risa divertida desconcertó a Ramiro Márquez. Le había dicho Dalton que ella chillaría o se pondría en pie, furiosa. Rezongó:

—Ya lo dije yo. Esas remilgadas que toman té no responden como marca la tabla. ¿No se ha enterado, nena? He dicho…

—Oiga, amigo. Váyase, y no moleste a la señorita.

Giró sobre sus tacones Márquez, aliviado. Acudía el «*maître*», pero ya Márquez, gruñendo palabras malsonantes, atacaba concienzudamente. Fué espectacular y rápido.

—Ya, nos volveremos a ver, valiente —prometió Márquez,

cogiéndose la cara con las manos, y aceptando ser conducido por el codo, entre dos camareros no muy tranquilizados.

Robin Dalton se ajustó la corbata, y mentalmente dedicó calificativos poco cariñosos a su cómplice, porque se había equivocado, y primero había conectado un gancho, cazando de lleno al desprevenido, que esperaba un directo al estómago.

Solícita, Eva Tresham, en pie, le tendía un pañuelo que acababa de empapar con lavanda, vertiéndola de un frasquito en miniatura.

Los espectadores volvieron a sentarse, y el «*maître*», aproximó una silla en la que se sentó Dalton, sin fingimientos. Le zumbaban los oídos…

—Fue un bruto y estaba bebido, señor. Me sabe, muy mal que por mi culpa haya, estado a punto de sufrir un percance.

«Inglés de escuela de pago» meditó Dalton, que aceptaba muy a gusto el toqueteo del pañuelo oloroso a espliego en su oreja derecha. Murmuró:

—No se preocupe, señorita. Ya me pasó.

—Gustavo, traiga para el señor un cordial. Un poco de coñac, ¿no, señor?

—Gracias. No vendría mal, no. Me llamo Dalton, y celebro haber llegado a tiempo para oír a este borrico. No es un mal chico. Le conozco, porque es de mi profesión.

Ella volvió a sentarse, y Dalton siguió pasándose el pañuelito por la oreja.

La miraba con satisfacción. Era como un cromo de los que venían en los calendarios del «Squire», anunciando el mes de mayo.

Ella sonrió, invitando con asentimientos a que él siguiera hablando. El «*maître*» colocó una gran copa, en cuyo interior había apenas un dedo de coñac.

Se retiró, y Dalton, mirando ahora la copa, comentó:

—Sobra copa o falta líquido. ¡Sopla, el cristal caliente! Ya oí que así se tomaba el buen «*brandy*». Pues sí, el caso es que este muchacho, con el que acabo de cambiar un par de tortas, no es malo. Estaría un poco bebido. Le vi entrar, y me dije: «¿Qué demonios irá a hacer Ramirín, en un sitio fino?

—¿Ramirín? —rió ella regocijada.

—Se llama Ramiro, pero cuando era campeón le dieron el diminutivo.

—Usted es boxeador. Debí adivinarlo al verle manejar los brazos, señor Dalton.

Miró en torno Dalton y sonrió:

—Oiga, será por el ambiente, pero es la primera vez que me llaman señor y me hace un efecto raro, como si tuviera sesenta años, o en vez de ser boxeador, fuese… pues, un hombre de estudios. Ramirín y yo no encajamos en este ambiente.

—No es el ambiente lo que importa, sino el modo de comportarse, y usted se ha comportado con ejemplar caballerosidad, puesto que aun dolorido por los golpes, defiende, a su agresor. Es «fair *play*», el juego limpio del caballero deportista, como dice mi padre.

—Bueno, pues, ya no molesto más —dijo Dalton iniciando el ademán de levantarse.

—No molesta ni mucho menos, señor Dalton. Por favor, siéntese, y oigamos esta música. Es una composición de Debussy, extraña, que remueve en nuestro interior sugerencias de ideales bellezas.

Robin Dalton trató también de apreciar la música, pero lo que se removía en su interior le susurraba que la ideal belleza le parecía emanar de cada rasgo de Eva Tresham.

Terminó la interpretación y ella, tras aplaudir, dijo:

—Es hermoso, ¿verdad, señor Dalton? Y emocionante. ¿Le ha gustado?

—No hace mucho ruido, ésta es la verdad. Y a ratos era como si lloviera sobre un charco. Yo no he tenido tiempo de aprender música buena, ¿sabe?

—Su llaneza es agradable, señor Dalton.

—Robin Dalton, y me quedaré más cómodo si me llama por el apellido o por el nombre.

Ella miró sonriente al que acababa de acercarse. Un hombre de elegante naturalidad, rostro enjuto, y ojos escrutadores, que, inclinándose, besó en la mejilla a Eva Tresham.

—Me han informado que hubo un incidente y he acudido. ¿Qué ha sido, nena?

—El señor Dalton, Robin Dalton.

En pie, el boxeador imitó la seca inclinación de cabeza del desconocido.

—Mi padre, Malcolm Tresham. No fué nada, papá. Un boxeador

algo bebido, que me dijo no sé que tonterías, y entonces intervino el señor Dalton, en cuya oreja verás la huella de su caballerosa intervención.

Los grises ojos acerados de Malcolm Tresham se dulcificaron, porque el boxeador, llevándose dos dedos de la diestra a la frente, decía:

—Bueno, señorita. A seguir bien y adiós. No fué nada, señor Tresham. Es más, Ramirín es un conocido mío, y no hubo mala intención.

—No se vaya, señor Dalton —dijo Tresham sentándose—. Parecería como si yo le resultara desagradable, cuando en realidad le estoy agradecido. Al principio no me gustó ver a mi hija con un desconocido, pero le ruego se sirva perdonarme.

—No hay de qué. Es lo natural. Además que yo no soy de esta clase de moscones, ni tampoco frecuento estos ambientes.

—El señor Dalton vio entrar al boxeador que me dijo tonterías, y se intrigó. Entró también y evitó así que seguramente alguno de los camareros se llevara algún mal golpe. El señor Dalton es boxeador.

—Interesante —dijo con fría corrección el inglés.

—¿En viaje de placer o contrato?

—Las dos cosas a la vez. Bueno, tanto gusto, y me voy, porque a las seis tengo que ir al cine con mi entrenador. Sigan bien, y gracias por el coñac, señorita Tresham.

Ella tendió la diestra, diciendo:

—Espero verle alguno de estos días, Robin.

—Gracias. Bueno, adiós.

Se marchó el púgil con cierta torpeza. Malcolm Tresham comentó:

—Estuve preocupado por el camino, nena.

—Siempre piensas que me ha de ocurrir algo malo, papá. Y estuviste muy frío con este muchacho, que es muy simpático. Es gracioso hablando.

—Es de otra clase, nena.

—Pues es de una clase simpática. ¿Por qué no me llevas a verle boxear, o a su campo de entrenamiento? Recibió un par de malos golpes por mi culpa. Y nos considerará muy desagradecidos. A ti te gusta el deporte.

—Bien. Como siempre, será como quieres. Me enteraré de dónde

tiene su gimnasio, y le llevaremos algún regalo.

—Gracias, papá. Eres el ángel de mi vida.

* * *

Ramiro Márquez fue discreto, porque nada comentó con sus compañeros de entrenamiento ni con Jeffrey. Pero a media tarde, fué a recoger sus cien dólares.

Tendido en la cama, Robin Dalton mostró el fajito de billetes de cinco sobre la mesita.

—¡Ay qué bien! Oye, Rob… Ya sabes, ¿eh?

—Lo que sé es que me diste en plena caracola. ¿No habíamos quedado que el primero era el estómago? Y me atizaste en la oreja.

—Es que me armé un taco, porque la del té, en vez de chillar como me prometiste, se puso a reír, y ya no recordé si era en la caja del pan o en el calabacín donde yo debía pegar primero. Bueno, para el caso, quedamos como dos cabales. Oye, ¿no hay otra chica que…?

—Ahueca, Ramirín. Quiero estar a solas con mis pensamientos.

—¡Ay, Dios! ¡Que té lo dije, Rob! Que te le dije, y luego no vengas con que no te lo dije.

—Acaba ya con el dije.

—Es una señorita de té, y cuando un hombre como nosotros, empieza a pensar y poner cara de cordero lejos del pesebre, la cosa está clara. Ya te has complicado la vida. Mira, Rob, lo que debes hacer es…

—Dormir. Sé sobradamente que la chica es de otra clase.

—Eso es. Vas en lo justo, Rob. Lo que debes hacer es venirte conmigo, y conocerás una muchacha que vende pasteles, y que está cremosa. Desconfía de las que toman té y además están delgadas.

—¿Delgadas? Pero si Eva tiene unas líneas perfectas.

—¿Ves, ves como ya te has complicado? Pero a lo que íbamos. Tengo una pastelera, así y así —fué dibujando en el aire con las manos Ramiro Márquez— que no toma té.

—¡Fuera, maldición! Con el té, la pastelera y tanta majadería, ya no puedo coordinar.

—Tú lo llamas coordinar, pero esto es que estás flechado, y que… Bueno, ya que voy, caray, porque si hablo es por tu bien, y

para que luego no me digas que yo no te dije…

Robin Dalton se colocó la almohada sobre la cabeza. Y muy dignamente, Ramiro Márquez se retiró despidiéndose:

—Hasta mañana, Rob. Por si acaso iré preparando a la pastelera, y nos tomaremos, con su hermana, unos buenos copazos.

Al cabo de unos instantes, ya a solas, sentado en la cama, Robin Dalton meditó que en el fondo tenía razón Márquez. Enamorándose de una señorita que «tomaba té», era complicarse la existencia. Para él, sólo las Myrnas y las pasteleras no le complicarían el entendimiento. De todos modos, consideraba injusto que Eva Tresham no fuera cocinera o tanguista.

A las cinco, abandonó el pabellón, y se disponía a salir cuando le sisearon. Era la llamada de Gerald Masters, que en la galería de la planta baja, paseaba con reprimida nerviosidad.

—Han telefoneado hace unos instantes, preguntando por ti, Rob.

—¿Por mí?

—Eva Tresham.

Sonrió extasiado Dalton, pero al instante frunció el ceño.

—Al diablo con ella. No es de mi clase. ¿Qué quería?

—Saber si podía visitar tu campo de entrenamiento.

—Cuanto más lejos esté, mejor.

—Le dije que a las siete tenías hoy la sesión de guantes.

—Pero si bien sabe usted que voy al cine. Me espera Jeff, que echan una de recia, algo sobre La Selva de Cemento… No, la «Jungla de asfalto». No quiero ver más a esta señorita.

—Vendrá a las siete, Rob. Parece ser que su padre quiere verte entrenar.

—Pues que su papá se alquile un títere. Es un tío de esos estirados, ¿comprende, juez? No es de nuestra clase. No es un hombre fino porque estudió por sí mismo, como usted, sino uno que se lo encontró todo hecho. Y en cuanto a la señorita, pues eso… Es una señorita.

—Ven conmigo, Rob.

Intrigado, el boxeador siguió a Masters, al interior, hasta entrar en un salón, donde Masters fue a sentarse, señalando frente a él una silla.

—Ha llegado el momento de que sepas quién soy, Rob, y no me interrumpas, salvo si te pregunto. Hace dieciséis años, yo acababa

de ser ascendido a comisario.

—¿A… a qué? —Se atragantó Dalton.

—A comisario de policía. No me interrumpas: Ya sé que desprecias a los policías, porque desde pequeño te inculcaron la estúpida idea de que los policías son gente indeseable. Si no hubiera delincuentes…

Robin Dalton, crispados los puños, refunfuñó:

—¿Confidente, usted?

—Era antes del 30, una época en que Chicago era casi el reino de los «gangsters». Yo era un policía honrado, y cara a cara, detuve a varios «gangsters» de renombre. Alguno quiso defenderse y escapar, para lo cual tenía que matarme. Tuve yo que disparar antes. Maté a un inglés, sin saber que era amigo de un «gángster» llamado Jack Melton, al que apodaban «Lord Penique», y que sabía esconder la cara. No podía, pues, imaginar que el sádico Melton deseara vengarse. Lo hizo, indirectamente, y como más me podía doler.

Robin Dalton respiraba con fogosidad contenida, pero había algo infinitamente triste en la voz del que evocaba:

—Una noche, al entrar en mi domicilio, encontré un fardo de ropa. Una niña, que una carta prendida en su ropa me decía cuidase. Era la hija de un «gángster» al que yo había, mandado a la cárcel. Durante dos años, me fui transformando, porque sabía por vez primera lo que era un cariño puro. Para mí aquella niña era un manantial de molestias. Y cierta Nochebuena…

Gerald Masters apretó más fuertemente el puño de plata del bastón.

—La niña había desaparecido. La buena mujer que la cuidaba estaba muerta y otra carta me decía que la niña se convertiría en una mujerzuela. No había firma. Empecé a odiar mi profesión, que me apareció como culpable de la muerte de la buena mujer, y del destino de la niña. La odié también porque no me servía para averiguar dónde estaba ella. Fui expulsado del cuerpo, y sufrí una condena. Mis antiguos compañeros me despreciaban, y yo iba ganándome el aprecio de los que antes fueron mis adversarios. Pacientemente, acumulé desprecios. Quería que, tomándome por confidente, algún maleante me descubriera indicios. Yo no podía hacer preguntas, que harían recelar. Y cuando los años iban

pasando sin hallar ninguna pista, cada muchachita caída en la degradación que yo veía, me daba miedo de que fuera ella. Por fin, cogí el primer hilo. Brian Dorset Williams. Yo lo apuñalé, y dejé las huellas para que Bruce Talbot fuera a parar a manos del verdugo. Ejecutan a las cinco de la madrugada de un jueves. Y por eso me ofrecí para este cargo. Para ver sudar de miedo a cobardes asesinos.

—Usted, algunos miércoles por la noche… —susurró Dalton, estremecido.

—Eso es. Del mismo modo como muchos creían que era viciosa mi búsqueda de pobres infelices menores de edad. Hice saltar con dinamita a Slop Douglas y Albert Morrison, porque ellos dos fueron los que mataron a la buena mujer que cuidaba de la niña, y se llevaron a ésta, que se salvó del destino que me ha torturado porque Melton, incapaz de ningún impulso noble, se encariñó con la niña, hasta el extremo de que no sólo la hizo pasar por su hija, sino que la trata como a tal. Jack Melton se llama hoy Malcolm Tresham.

—¡Eva es la chica que usted quiere de nuevo tener a su lado! Y es la hija de un «gángster». Entonces… para mí… Bueno, juez Gerry, olvide lo que antes dije. Ya está claro. Usted tendrá a las siete a Jack Melton, y apriételе las clavijas. Merece lo que sea.

—Pero hay un punto que aún no he acabado de aclarar con un aliado mío en ésta justiciera ejecución. ¿Qué se dispone a hacer de su hija Kirk Miller, apodado «Dalias»?

—¡El que se escapó de Marion!

—Es el padre de Evangelina, pero le juzgo netamente incapacitado de sentimientos paternos. Además, tanto él como Linkers, no me aprecian. Quiero pues, que una vez terminado lo referente a Melton, pueda discutir con Miller el mejor destino para Evangelina. He dicho a Miller que tú te harás cargo de encerrar a Eva en el garaje. No lo harás. Vas a llevarla dónde te diré, y esperarás mis noticias. A nadie, salvo a mí, dejarás que se acerque a Evangelina. Y a ella, para no martirizarla, porque puede haberle cogido cariño a Melton, le dirás que él y tu apoderado van a discutir asuntos comerciales. Te creerá, y después… sabrá recordarme y comprender que me asiste toda la justicia de este mundo. Tanto el chofer como dos individuos que siempre la siguen en coche, quedarán a buen recaudo. Son asalariados, y nos limitaremos a impedir que estorben. Después… nos iremos de Cuba. Yo creo que

Eva me recordará, y con el tiempo, encontrará un hombre que sabrá protegerla. Al parecer, Melton quiere casarla con alguien de elevada categoría, y afirmó en un reportaje de esos que aparecen en revistas de sociedad, que hasta los veinte años quería librar a Evangelina de desilusiones. Es un inteligente canalla. Y si realmente, como parece, quiere a Eva, sufrirá en horas, lo que yo he sufrido años…

* * *

—Todo en orden, Kirk. Pero tanto tú como Linkers, habéis de recordar que matar a tres detectives sería delito absurdo, que nos echaría encima a toda la policía hispano americana.

—Descuida. Freddy y yo conocemos trucos, sin necesidad de recurrir a gatillos. Pero recuerda que Melton es capaz de engañar con sus cuentos al propio diablo.

—Soy más listo que el diablo, pensando en Jack Melton.

—Creo que sí —murmuró Linkers—. Te has endemoniado, Gerry.

* * *

Los dos coches se detuvieron ante el pabellón desde el que Robin Dalton, en albornoz, hacía señas.

Permanecieron en el segundo coche dos individuos. Bajaron Malcolm Tresham y su hija.

—Buenas noches, Robin. Me dijo papá que las sesiones de entrenamiento las verificaban con preferencia a estas horas, porque dedicaban la primera hora de la mañana a correr, y el mediodía a gimnasia. Papá, quiso traerle un pequeño obsequio.

Malcolm Tresham, cordial, tendió un paquetito, diciendo:

—Estuve ayer casi incorrecto, Robin. Prevenciones paternas.

—Olvídelo, señor Tresham. Mi apoderado, hombre de cierta edad y algo enfermizo, quiere proponerle no sé qué. Le espera en el salón, y yo puedo enseñarle el gimnasio a la señorita Eva, mientras.

La presencia de los tres detectives, hizo que Tresham asintiera, y se encaminó hacia la casa.

Entró, dirigiéndose hacia el salón del que brotaba luz. Miró al

individuo que, sentado en una silla, apoyada la barbilla sobre la cabeza de plata del puño de su bastón, saludó:

—Buenas noches, señor Tresham. Me llamo Gerald Masters.

CAPÍTULO VIII

Malcolm Tresham avanzó, impasible.

—Buenas noches, señor Masters. Su protegido, como sabrá, libró ayer a mi hija de un contratiempo. Con su permiso —y sentándose añadió el británico—: Creo que deseaba hablarme.

—Admiro su serenidad, señor Tresham. Parece como si mis nombres nada le recordase.

—Habrá de excusarme si he sido incorrecto, pero he conocido a muchas personas, y mi memoria falla.

—¿Un poco de Oporto, o prefiere vermut, señor Tresham?

—Oporto, gracias. ¿En qué ciudad y qué año nos conocimos?

Gerald Masters escanció en una copa, y cuando el británico iba a cogerla, se sobresaltó. El bastón, en golpe leve, pero atinado, acababa de quebrar, entre los dedos de Tresham, la copa.

Suavemente, silabeó Masters:

—Habrá de excusarme si he sido incorrecto.

En pie, sacudiéndose el pantalón, lívido, Malcolm Tresham miraba al que le encañonaba con una automática.

—En espera de que lleguen dos que posiblemente reconocerás, y que están acabando de sujetar a tus tres guardianes, he de advertirte, Jack Melton, que tuve muy buena puntería. Vuelve a sentarte.

—¡Usted… usted está loco! Es lo menos que puedo manifestar ante su improcedente… ¡Eva!

En el umbral, uno a cada lado, se reclinaron Linkers y Miller. Éste, hizo oscilar una automática de arriba a abajo.

—Ya oíste al juez Gerry, y es mejor que te sientes, Tresham.

—¿Gerry? —Y, abatido, se desplomó en su asiento el británico.

«Gerry» era el nombre del secuestrador que por dos años retuvo

a Evangelina. El hombre que ella recordaba, no como el de un «gángster», sino como el de un cariñoso amigo…

—Iré deprisa por lo que me atañe, Tresham. Eres rico, y creo que como el juez Gerry desea disfrutar de tu compañía muchas horas, si quieres que no le suceda nada a Evangelina, dime dónde puedo recoger hasta mañana a las diez, una cantidad aceptable. En tu Banco, o en tu cofre casero. Nos bastarán a Freddy y a mí, doscientos mil dólares. Somos modestos, como podrás apreciar. Dale un poco de coñac, Freddy, al señor Tresham. Está realmente abatido.

Como un felino que se refocila, Gerald Masters asistía al desplome moral de un hombre, al borde del ataque histérico. Hubiera creído más en Jack Melton una reacción más viril.

El británico bebía ansiosamente, cercana de su nuca la pistola sostenida por Frederick Linkers. Cayó la copa de sus manos, y dijo:

—En mi casa, tras un cuadro que representa… Tengo el dinero que me pedís por el rescate, pero necesito que me deis las mismas garantías que supo darme Jack Melton.

Kirk Miller rió, aproximándose:

—¿Te das cuenta, Gerry? Enredaría al propio diablo. ¿Qué garantías quieres, Tresham?

—Yo no os denunciaré, pero he de cerciorarme de que mi hija…

Gerald Masters, levantóse, aplicó repetidamente, en reveses y manotazos, rápidos bofetones a Malcolm Tresham, silabeando:

—¡No vuelvas a llamarla tu hija! ¡No vuelvas a llamar hija a Evangelina!

Se retiró un paso, mientras Tresham, sacando un pañuelo, se lo aplica en los hinchados labios.

—Tienes todas las garantías —dijo Miller—. Pero, pronto, ultimemos el negocio. ¿Qué cuadro es, y qué trampas hay?

—El cuadro representa una escena de cacería, y está sobre la chimenea de la tercera habitación de la planta baja. Apartándolo se encuentra una caja fuerte que se abre con esta llave. En su interior, hay francos suizos, libras esterlinas, y dólares, por una cantidad cercana a los cien mil. El resto y más, en la misma caja, en acciones al portador. Ésta es la llave.

La cogió Linkers y Kirk dijo:

—Tus criados pueden sentirse serviles.

—Escribiré una nota para que mi propio mayordomo os acompañe a la sala, pero necesito garantías de que Evangelina…

—Nos interesan sólo los doscientos mil. Después que los tengamos, hasta con esta casa te puedes quedar, ¿verdad, Gerry? El juez Gerry te vigilará hasta nuestro regreso con el dinero. Vamos, Freddy, lee lo que va a escribir nuestro filántropo.

Malcolm Tresham sacó de su cartera una tarjeta, y en el dorso escribió:

> «Acompañe al portador hasta el estudio, donde tienen que recoger documentos para una operación urgente. Lleva la llave. Volveremos a cenar a las nueve».

Firmó, y al recoger la tarjeta, aprobó Linkers:

—Perfecto, Kirk. ¿Cómo se llama su mayordomo?

—Antonio Guiteras.

—Cuestión de media hora, Gerry —dijo Miller antes de salir con Linkers.

Reinó un largo silencio. Por fin, inquieto, dijo Tresham:

—Usted se comportó raramente, Gerry. No tenía por qué maltratarme, puesto que yo estaba dispuesto a pagar lo que fuera preciso. Nunca pude sospechar que el boxeador…

—He estado dieciséis años esperando este momento, y sigo sin hallarle explicación a tu vesanía. ¿Si querías vengarte de mí por la muerte de Archibald Brooks, apodado «Cara de Bebé», por qué no le hiciste a lo hombre?

Malcolm Tresham, sorprendido, murmuró:

—Tiene forzosamente que existir un mal entendido… Pero dígame, ¿y Evangelina?

—Está tranquila y sin peligro con Robin Dalton. Pero nunca más la has de ver, Jack Melton. Nunca más… Te adiviné sincero al decir dónde tenías dinero para Kirk Miller…

—¡Kirk Miller! —gritó Tresham—. ¡Este fué el hombre que… en Chicago, secuestró a mi hija! ¡Este fué el «gángster» que, con un hombre llamado Gerry, retuvo por más de dos años a mi hija! ¡Es para volverse loco! ¿Por qué me llamas Melton, si éste hace tiempo

dejó de existir?

—Bajo las manos de un cirujano estético, que lo transformó en Malcolm Tresham. Mientes con sincera efusión, canalla.

—Usted… es un pobre viejo loco. Comprendo que le tenga rencor a Jack Melton que le impidió cobrar el secuestro.

—Interesante historia. Cuéntamela.

—Considero superfluo relatarle lo que forzosamente no puede haber olvidado.

—No importa, te escucho, y quiero apreciar tus dotes de inventor. Podrás engañar a muchos, pero la única verdad que hay en ti, es que quieres a Evangelina como a tu hija.

En el umbral, tras la cortina, Kirk Miller escuchaba, torcidos los labios en sarcástica sonrisa…

—En octubre del 1926, y alojándome en el «Drake», de Chicago, con mi esposa y mi hija, que tenía apenas dos años, Evangelina fué secuestrada. No quise que la Prensa lo publicara, porque estaba dispuesto a pagar lo que me pidieran. Se encargaron en secreto muchos policías de buscar a los «kidnapper», pero el tiempo fué transcurriendo, hasta que, un año después, regresé a Londres, desesperado. La pena mató a mi esposa… En enero de 1929, me visitó un hombre que me dijo llamarse Jack Melton.

Gerald Masters escuchaba, tenso el busto.

—Me explicó que Evangelina había sido raptada por Kirk Miller y sus pistoleros. Pero que Kirk Miller, dos días después, pasó a la cárcel por haber disparado contra un policía. Y Jack Melton me dijo que, tras laboriosas indagaciones, había averiguado, que Miller envió a la niña a un hombre llamado Gerry, para que éste la cuidase, hasta que él pudiera escapar.

Gerald Masters fué ahora entreviendo la verdad…

—Jack Melton me dijo que había vuelto a secuestrar a Evangelina, y que para despistar a Miller y su banda, fingió una venganza… Me pidió una cantidad, que yo entregué. Desde entonces, siempre tres hombres han vigilado a mi hija. Supe que Jack Melton pereció en Londres, en un accidente de coche, al despeñarse.

Gerald Masters se levantó, rígido.

—Quédese aquí, Tresham. Si he cometido un error, sabré repararlo. Volveré con Evangelina. Quisiera tan sólo hablarle a ella

unos momentos… para que no siga creyendo que «Gerry» era un canalla. Yo fui… Bien, dentro de unos instantes lo sabrá.

Ya en el umbral, Gerald Masters se abatió de bruces, al culatazo certero que Kirk Miller le aplicó.

Y cuando recuperó el sentido fué para verse atado frente a Tresham, también atado y con una ceja que manaba sangre.

La voz risueña, cordial, campechana, explicó:

—Tuve que perjudicar un poco el rostro del señor Malcolm Tresham, Gerry. Cuando regrese Linkers con el dinero, usted quedará vivo, señor Tresham. En cuanto a su hija, me garantizará la salida de la isla, y cuando llegué a buen lugar, bastará que me remita otros doscientos mil, señor Tresham, y no venderé a Evangelina en el mercado de blancas de Montevideo. El idiota del boxeador me considera un gran amigo de Gerry. ¿Por qué estás tan callado, Gerry?

—No existen palabras para calificar tu inmunda alma, Miller. Hacerme creer que Evangelina era tu hija… y que este hombre era Melton… Te ha de bastar lo que traiga Linkers. Deja en paz a Evangelina.

Kirk Miller se sentó en el brazo del sillón donde estaba atado Gerald Masters.

Miró al atónito Tresham.

—Éste es el policía que mató a Jimmy y que me hizo pasar más años de los que podía imaginar en la cárcel. Sí, si… Tal como le ve, señor Tresham, fué un león forrando corazón de hiena. Sólo emitió balidos ante la pobrecita niña abandonada, y cuando le dije que yo sabía dónde estaba Melton, se echó casi en mis brazos. Te toca a ti hablar, Gerry, mi apreciado y queridísimo cómplice.

—Cuando Linkers vuelva, vete, porque si te llevas a Evangelina, lo perderás todo. Déjala a ella… Yo sé que vas a matarme, pero he de hacerte una revelación. Ya me mataste, Kirk Miller.

Rió con estridencias, malignos los azules ojos el pistolero.

—Estás chocho, Gerry. Siempre pensé que los sentimientos entontecen. ¿Qué te mate, querido?

—La bala que me alojaste un poco alto, en el esternón, formó tumor, que ya es cáncer. Poco me quedaba por vivir…

—Una historia triste la del inspector Gerry, ¿verdad, señor Tresham? Soltaría lágrimas si supiera de donde salen. Esta vez te

prometo que, tan pronto Freddy traiga el género, no te fallaré. Por si acaso, el segundo plomo te lo barrenaré en la sien. No tiemble, señor Tresham. La hiena va a morir y…

—Entonces, reza, Kirk Miller. Has citado una hiena, y lo eres. Te supuse un nombre, y eres un cerebro enfermizo. Es lógico que en tu mentalidad, te sea placentero matarme, pero… ¿es que Evangelina ha de ser por segunda, vez víctima de seres como Melton y como tú? Melton y los suyos mataron a la esposa de Tresham, sin tocarla, y a culatazos a la pobre buena mujer de Joliet. Pero tú…

—Viene Linkers… Vete rezando, Gerry. La hiena va a morir.

Los pasos se acercaban, y Kirk Miller encañonó a Masters, que de pronto acababa de liberarse un brazo. Miller habló mientras, estremecido de horror, cerraba los ojos Malcolm Tresham:

—Suéltate el otro brazo, Gerry. Debí pensar que tienes recursos de tu antiguo oficio. Cuando te pongas en pie, entonces…

Giró rápido sobre los tacones porque los pasos no eran los de un obeso abogado, sino el ágil correr de un atleta.

De lado, disparó contra Gerald Masters, y fué el momento en que con todo su peso, Robin Dalton descargó una serie de puñetazos, con la furiosa precisión de un martillo demoledor.

Epílogo

En la cama de la clínica, Gerald Masters se arrellanó mejor en el respaldo de almohadas. Iba a recibir la primera visita de la que podía tener conocimiento.

Y Robin Dalton entró, graciosamente grotesco con un ramo de flores:

—Hola, hijo.

—Bueno, esto sí que me da gusto, señor. Oiga, el ramo es de Eva, que se empeñó, y que no viene, porque su padre se la ha llevado a Chicago, pero volverá, y antes de marcharse me dijo que le trajera flores en su nombre. También le falló otra vez a la hiena. Claro que usted tiene siete vidas, como los gatos.

Sonriendo, Masters señaló el pie de la cama.

—Siéntate, y explica por orden las cosas, Rob. ¿Cómo viniste tan a punto?

—Eva, cuando apenas empezó a ver las cosas raras, y me preguntó, pues la vi tan inquieta, que le hablé de Gerry. Me contó cosas también raras, y decidí dejarla en sitio seguro, y venir a ver… Un poco más y llego tarde.

—Llegaste muy bien. ¿Qué pasó con Miller?

—Lo dejé fuera de combate, y cuando llegó Linkers, se hundió al primer impacto. Están los dos en Chicago, pero en la cárcel, y los veo en globo, han ido a declarar Tresham y Eva. Yo no tragaba, pero Tresham se empeñó en que yo me había infiltrado para salvar a Eva. No sé qué lío, para sacarme toda responsabilidad. Claro que me dijo que sería mejor que usted… no volviera a Chicago, y que apenas… Bueno, que nos vamos donde usted diga, juez.

—Iré donde debo ir.

—Dice Tresham que le meterían en la cárcel porque ayudó al fugado, y Miller y Linkers le van a usted a complicar con declaraciones, y que el

F. B. I.
mandará una orden de arresto contra usted.

—Hay también una ley que no ha sido derogada, y es la que me obliga a acudir algún que otro jueves por la madrugada.

—Olvídese de todo esto, hombre. Nos vamos a Bolivia o al Paraguay, y allí ríase usted de los peces de colores y de todo el
F. B. I.
Y más tarde, Eva viene a verle.

—Tienes razón. ¿Y tú, qué?

—Tengo, dentro de tres días, un combate con un negro. A lo mejor, la noche del combate está usted ya para andar, y viene a verme.

—Vendré.

Pero la noche del combate, Gerald Masters tomaba asiento en el avión que transbordaba, en Nueva York, pasajeros para las diversas capitales.

* * *

El comisario federal opinó:

—Conozco cuánto ha sucedido, Masters, pero ante la ley es usted culpable de haber facilitado la fuga de Kirk Miller. Se ha constituido usted voluntariamente detenido, y esto acredita su antiguo buen nombre.

—Me he restituido a las funciones de mi cargo señor, de las que no puedo ser relevado, salvo ser condenado a pena superior a seis años.

—Es usted un ser extraño, Gerry Masters. Pudo huir y… si todo lo que sacrificó fué por la hija de Tresham… y podía volver a verla, ¿por qué ahora se ha presentado?

—Es la hija de un hombre honorable y que la quiere. Sufrí mucho cuando la perdí… No quiero volver a verla, y no sufriré. Perderla por segunda vez… puedo resistirlo sin haberla visto, señor.

—Creo comprenderle, Masters. Tiene usted razón por lo que afecta a la ley que reglamenta su cargo. No será condenado a pena superior a los seis años. Y… por lo tanto, será ejecutor de sentencias de muerte. No tendrá que declarar ni ser citado como testigo en la causa seguida contra Kirk Miller y Frederick. Linkers. Hemos

detenido a Paolo Zucco y hay un joven agente, John Roberts, que intenta demostrar que usted participó directa o indirectamente en las muertes de… Una situación complicada, que cuando usted quiera podrá ser aclarada. Mientras, sigue usted en su cargo, y saldrá de su celda, cuando sea requerido como funcionario estatal. El agente Roberts no tiene pruebas contra usted; aunque sus razonamientos son muy sensatos, si bien no puede valerse de las declaraciones de Miller y Linkers, que también juran que usted participó directamente en la muerte de Williams, Douglas y Morrison.

—En su día, señor, el jueves en que Kirk Miller sea electrocutado, daré toda clase de satisfacciones en su deber de policía, al joven Roberts. Por escrito, en mi celda.

Un jueves, a las cinco menos cuarto, Kirk Miller tampoco miró al funcionario que, arrodillado, le desgarraba la pernera izquierda.

Estaba aturdido, porque quiso buscar en el alcohol, al que tenía derecho, el falso valor que no encontraba para enfrentarse con el verdugo.

Rió con estridencias de demente, al reconocer de pronto al que, asiéndole un codo, le conducía a la sala tétrica.

—¡Gerry Masters! No puede ser que hasta en este momento te vea. ¿Cómo te llamas, verdugo?

—Gerry Masters.

La puerta se cerró, y ajustados los electrodos, seguía riendo Kirk Miller en relinchos incontenibles, infrahumanos.

Y en la celda, abandonada momentáneamente por el funcionario de las madrugadas del jueves, había una declaración escrita dando, la razón al joven agente Roberts.

No se mencionaba para nada a Robin Dalton. Ni pudo ser interrogado Gerald Masters, porque permaneció en secreto, que la misma descarga que mató a Kirk Miller, ocasionó la muerte del verdugo… y no podía calificarse de accidente.

* * *

Robin Dalton sacudió la cabeza, contristado.

—Desapareció sin esperarme. No quiso llevarme consigo, porque se figuraría que me perjudicaba. Y tanto como te quiere, Eva…

Bueno, verás como viene el día en que lea que tú y yo hemos convencido a tu padre. Hay cosas que saltan a la vista. Apenas te la eché encima quedé técnicamente «groggy». La próxima bolsa que gane, la guardo entera para publicar en los periódicos de todo Sud y Centro América, la gran noticia de nuestra boda, y verás como viene el juez Gerry.

El juez Gerry no acudió a la boda. Pero hizo acto de presencia, mucho antes, cuando un notario citó en su despacho al púgil «prometedor», la esperanza de Chicago.

Su exordio fué breve:

—El testamento que voy a leerle, señor Dalton, fué redactado antes de que Gerald Masters emprendiera un viaje a Cuba. Tiene plena, validez y le hace a usted heredero de sus bienes. Voy a leerle la última voluntad de Gerald Masters, muerto recientemente, según comunicado oficial, que no cita causas de la muerte ni lugar. El testamento dice de puño y letra del finado… —Y tras emitir unas tosecitas, leyó el notario:

«Pobres bienes materiales, que te darán independencia, Rob. Las cláusulas legales y comprobantes de venta e ingresos, adjuntos, es lectura para el señor notario. A ti sólo quiero decirte que fuiste mi única amistad, y es mi deseo que, al encontrar a Evangelina, sepas protegerla, si yo no puedo hacerlo. Ésta es mi postrera ilusión, y sé que Dios me la concederá. Él bendiga vuestra unión, hijo».

El notario murmuró, molesto de ver llorar en silencio a aquel grandullón, temible en el *ring*, y apodado, «Búfalo Arrollador»:

—No se apene si perdió un buen amigo, señor Dalton. Murió con la creencia de que usted cumpliría… Y usted cumplirá.

Robin Dalton cumplió.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Precio: **5 pts.**